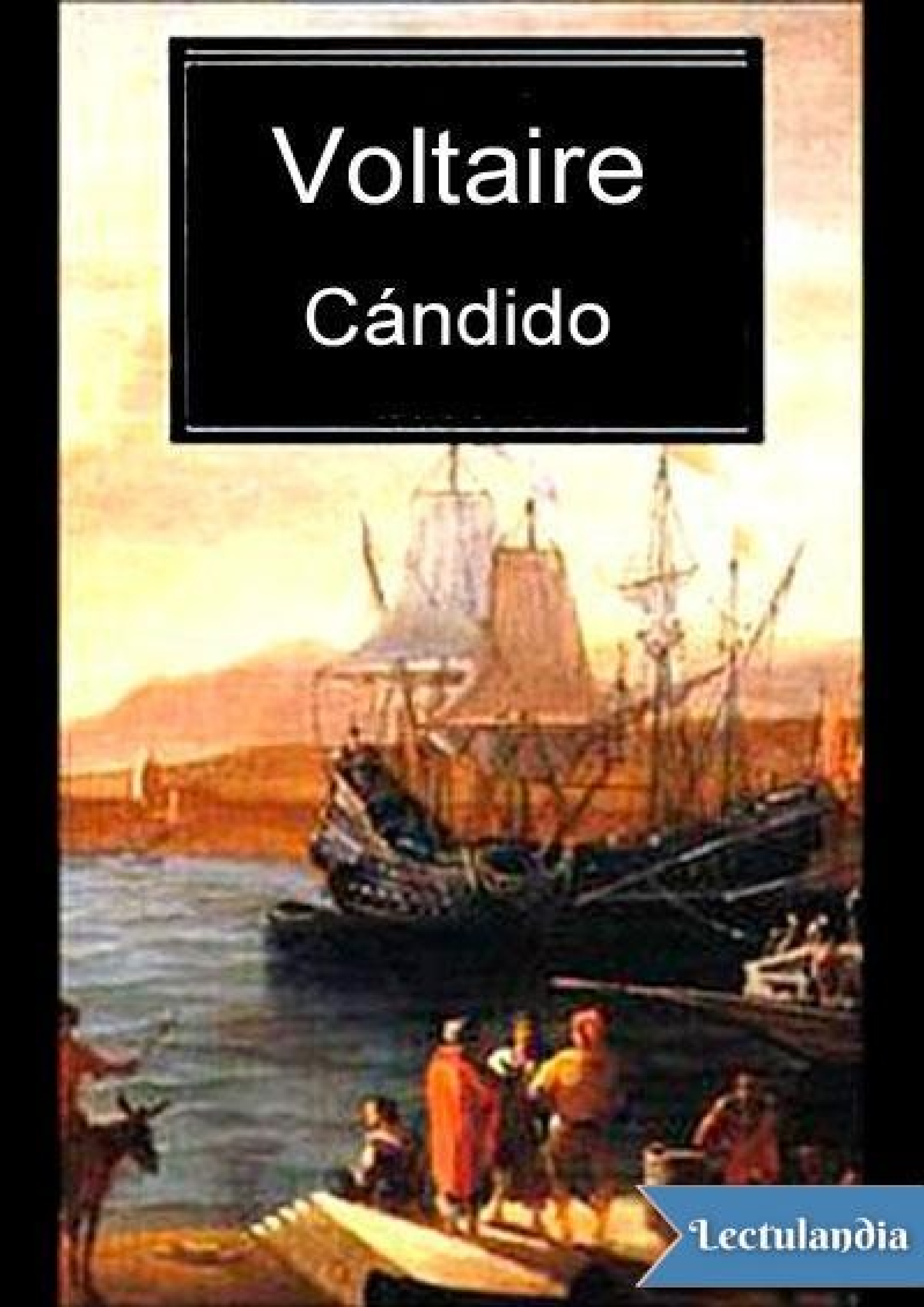


Voltaire
Cándido
Lectulandia

Cándido figura a la cabeza de todas las novelas y cuentos de Voltaire como la pieza indiscutible del arte narrativo del Siglo de las Luces. Es una novela de aprendizaje, y su héroe un optimista que ha asimilado las teorías del providencialismo leibniziano: cree a pies juntillas que el mundo es un paraíso, a pesar de que, desde la primera línea, la realidad se encarga de negarlo.

La estructura tiene un hilo conductor claro: el viaje, los vientos de la vida llevan de aquí para allá a Cándido, convertido en un juguete del destino que recorre un mundo estragado por catástrofes naturales, por designios humanos y, sobre todo, por las religiones. Voltaire ataca, con ironía y sarcasmo, la intolerancia, el fanatismo, los abusos de la colonización europea en América, los engaños y artificios sociales y las matanzas de las guerras.

Lectulandia

Voltaire

Cándido o El optimismo

Cuento filosófico

ePUB v1.0

Doña Jacinta 06.04.12

Título original: *Candide, ou l'Optimisme*

Fecha de la primera publicación: 1759

Firmada con el seudónimo: «Monsieur le docteur Ralph»

Este texto fue tomado del sitio:
CiudadSeva.com (Hogar electrónico del escritor Luis López Nieves)

Chapitre XXIV.

De Paquette et de frère giroflée.

Dès qu'il fut à Venise, il fit chercher Cacambo dans tous les cabarets, dans tous les caffés, chez toutes les gondoliers, chez toutes les filles de joie, et ne le trouva point. il envoiait tous les jours à la découverte de tous les vaisseaux et de toutes les barques nulles nouvelles de Cacambo. quoi! disait-il à martin, j'ai eu le temps de passer de Surinam à Bordeaux, d'aller de bordeaux à Paris, de Paris à diepe, de Diepe à Portsmouth, de côtoier le Portugal et l'Espagne, de traverser toute la méditerranée, de passer quelques mois à Venise, et la belle Cunégonde n'est point venüe! je n'ai rencontré au lieu d'elle qu'une drolesse et un abbé perigourdin. Elle est morte, sans doute, je n'ai plus qu'a mourir. ah! il valait mieux rester dans le paradis du dorado que de revenir dans cette maudite Europe; que vous avez raison mon cher martin, tout n'est qu'illusion et calamité.

Il tomba dans une mélancolie noire, et ne prit aucune part à l'opera alla moda, ni aux autres divertissements du carnaval; pas une dame ne lui donna la moindre tentation. Martin lui dit vous êtes bien simple, en vérité, de vous figurer qu'un valet métis qui a cinq ou six milions dans

Capítulo I
De cómo Cándido fue criado en un hermoso castillo y de cómo fue arrojado de allí

Vivía en Westfalia, en el castillo del señor barón de Thunder-ten-tronckh, un mancebo a quien la naturaleza había dotado de la índole más apacible. Su fisonomía anunciaba su alma; tenía juicio bastante recto y espíritu muy simple; por eso, creo, lo llamaban Cándido.[1] Los antiguos criados de la casa sospechaban que era hijo de la hermana del señor barón y de un bondadoso y honrado hidalgo de la vecindad, con quien jamás consintió en casarse la doncella porque él no podía probar arriba de setenta y un cuarteles,[2] debido a que la injuria de los tiempos había acabado con el resto de su árbol genealógico.

Era el señor barón uno de los caballeros más poderosos de Westfalia, pues su castillo tenía puerta y ventanas; en la sala principal hasta había una colgadura. Los perros del corral componían una jauría cuando era menester; sus palafreneros eran sus picadores, y el vicario de la aldea, su primer capellán; todos lo trataban de «monseñor», todos se echaban a reír cuando decía algún chiste.

La señora baronesa, que pesaba unas trescientas cincuenta libras, se había granjeado por ello gran consideración, y recibía las visitas con tal dignidad que la hacía aún más respetable. Su hija Cunegunda, doncella de diecisiete años, era rubicunda, fresca, rolliza, apetitosa. El hijo del barón era en todo digno de su padre. El preceptor Pangloss era el oráculo de la casa, y el pequeño Cándido escuchaba sus lecciones con la docilidad propia de su edad y su carácter.

Pangloss enseñaba metafísico-teólogo-cosmólogo-nigología. Probaba admirablemente que no hay efecto sin causa, y que, en el mejor de los mundos posibles, el castillo de monseñor el barón era el más hermoso de los castillos, y que la señora baronesa era la mejor de las baronesas posibles.

Demostrado está, decía Pangloss, que no pueden ser las cosas de otro modo, porque habiéndose hecho todo con un fin, éste no puede menos de ser el mejor de los fines. Nótese que las narices se hicieron para llevar anteojos; por eso nos ponemos anteojos; las piernas notoriamente para las calzas, y usamos calzas; las piedras para ser talladas y hacer castillos; por eso su señoría tiene un hermoso castillo: el barón principal de la provincia ha de estar mejor aposentado que ninguno; y como los marranos nacieron para que se los coman, todo el año comemos tocino: en consecuencia, los que afirmaron que todo está bien, han dicho una tontería; debieron decir que nada puede estar mejor.

Cándido escuchaba atentamente y creía inocentemente, porque la señorita Cunegunda le parecía muy hermosa, aunque nunca se había atrevido a decírselo.

Deducía que después de la felicidad de haber nacido barón de Thunder-ten-tronckh, el segundo grado de felicidad era ser la señorita Cunegunda; el tercero, verla cada día; y el cuarto, oír al maestro Pangloss, el filósofo más ilustre de la provincia, y, por consiguiente, de todo el orbe.

Cunegunda, paseándose un día por los alrededores del castillo, vio entre las matas, en un tallar que llamaban el parque, al doctor Pangloss que daba una lección de física experimental a la doncella de su madre, morenita muy graciosa y muy dócil. Como la señorita Cunegunda tenía gran disposición para las ciencias, observó sin pestañear las reiteradas experiencias de que era testigo; vio con claridad la razón suficiente del doctor, sus efectos y sus causas, y regresó agitada, pensativa, deseosa de aprender, figurándose que bien podría ser ella la razón suficiente de Cándido, quien podría también ser la suya.

Encontró a Cándido de vuelta al castillo, y enrojeció; Cándido también enrojeció. Lo saludó Cunegunda con voz trémula, y contestó Cándido sin saber lo que decía. Al día siguiente, después de comer, al levantarse de la mesa, se encontraron detrás de un biombo; Cunegunda dejó caer su pañuelo, Cándido lo recogió; ella le tomó inocentemente la mano y el joven besó inocentemente la mano de la señorita con singular vivacidad, sensibilidad y gracia; sus bocas se encontraron, sus ojos se inflamaron, sus rodillas temblaron, sus manos se extraviaron. En esto estaban cuando acertó a pasar junto al biombo el señor barón de Thunder-ten-tronckh, y reparando en tal causa y tal efecto, echó a Cándido del castillo a patadas en el trasero. Cunegunda se desvaneció; cuando volvió en sí, la señora baronesa le dio de bofetadas; y todo fue consternación en el más hermoso y agradable de los castillos posibles.

Capítulo II
Qué fue de Cándido entre los búlgaros

Cándido, arrojado del paraíso terrenal, fue andando mucho tiempo sin saber a dónde, lloroso, alzando los ojos al cielo, volviéndolos una y otra vez hacia el más hermoso de los castillos, que encerraba a la más linda de las baronesitas; se acostó sin cenar en mitad del campo entre dos surcos. Caían gruesos copos de nieve al día siguiente. Cándido, empapado, llegó arrastrándose como pudo al pueblo inmediato, que se llama Valdberghoff-trarbk-dikdorff, sin un ochavo en la faltriquera y muerto de hambre y fatiga. Se paró lleno de pesar a la puerta de una taberna, y repararon en él dos hombres con vestidos azules.

—Camarada —dijo uno— aquí tenemos un gallardo mozo, de la estatura requerida.

Se acercaron a Cándido y lo convidaron a comer con mucha cortesía.

—Señores —les dijo Cándido con encantadora modestia— mucho favor me hacen ustedes, pero no tengo para pagar mi parte.

—Señor —le dijo uno de los azules— las personas de su aspecto y de su mérito nunca pagan. ¿No tiene usted cinco pies y cinco pulgadas de alto?

—Sí, señores, ésa es mi estatura —dijo haciendo una cortesía.

—Vamos, caballero, siéntese usted a la mesa, que no sólo pagaremos, sino que no consentiremos que un hombre como usted ande sin dinero; los hombres han sido hechos para socorrerse unos a otros.

—Razón tienen ustedes —dijo Cándido—; así me lo ha dicho mil veces el señor Pangloss, y ya veo que todo es perfecto.

Le ruegan que admita unos escudos; los toma y quiere dar un vale; pero no lo quieren, y se sientan a la mesa.

—¿No ama usted tiernamente?...

—Sí, señores —respondió Cándido— amo tiernamente a la señorita Cunegunda.

—No preguntamos eso —le dijo uno de aquellos dos señores— preguntamos si no ama usted tiernamente al rey de los búlgaros.

—En modo alguno —dijo— porque no le he visto en mi vida.

—Vaya, pues es el más encantador de los reyes. ¿Quiere usted que brindemos a su salud?

—Con mucho gusto, señores —y brinda.

—Basta con eso —le dijeron— ya es usted el apoyo, el defensor, el adalid, el héroe de los búlgaros; su fortuna está hecha, su gloria afianzada.

Le echaron al punto un grillete al pie y se lo llevan al regimiento; lo hacen volverse a derecha e izquierda, meter la baqueta, sacar la baqueta, apuntar, hacer

fuego, acelerar el paso, y le dan treinta palos: al otro día hizo el ejercicio un poco menos mal y no le dieron más de veinte; al tercero recibe solamente diez, y sus camaradas lo tuvieron por un portento.

Cándido, estupefacto, aún no podía entender bien de qué modo era un héroe. Un día de primavera se le ocurrió irse a paseo, y siguió su camino derecho, creyendo que era privilegio de la especie humana y de la especie animal, servirse de sus piernas a su antojo. No había andado dos leguas, cuando surgen otros cuatro héroes de seis pies que lo alcanzan, lo atan y lo llevan a un calabozo. Le preguntan jurídicamente si prefería ser fustigado treinta y seis veces por las baquetas de todo el regimiento, o recibir una vez sola doce balazos en la mollera. Inútilmente alegó que las voluntades eran libres y que no quería ni una cosa ni otra; fue forzoso que escogiera, y en virtud de la dádiva de Dios que llaman libertad , se resolvió a pasar treinta y seis veces por las baquetas, y sufrió dos tandas. Se componía el regimiento de dos mil hombres, lo cual hizo justamente cuatro mil baquetazos que de la nuca al trasero le descubrieron músculos y nervios. Iban a proceder a la tercera tanda, cuando Cándido, no pudiendo aguantar más, pidió por favor que tuvieran la bondad de levantarle la tapa de los sesos; obtiene ese favor, se le vendan los ojos, lo hacen hincar de rodillas. En ese momento pasa el rey de los búlgaros, se informa del delito del paciente, y como este rey era hombre de grandes luces, por todo cuanto le dicen de Cándido comprende que es éste un joven metafísico muy ignorante en las cosas del mundo y le otorga el perdón con una clemencia que será muy loada en todas las gacetas y en todos los siglos. Un diestro cirujano curó a Cándido con los emolientes que enseña Dioscórides. Un poco de cutis tenía ya, y empezaba a poder andar, cuando dio el rey de los búlgaros batalla al de los ávaros.

Capítulo III
De cómo se libró Cándido de los búlgaros, y de lo que le sucedió

No había nada más hermoso, más diestro, más brillante, más bien ordenado que ambos ejércitos: las trompetas, los pífanos, los oboes, los tambores y los cañones formaban tal armonía cual nunca hubo en los infiernos. Primeramente, los cañones derribaron unos seis mil hombres de cada parte, después la fusilería barrió del mejor de los mundos unos nueve o diez mil bribones que infectaban su superficie y, por último, la bayoneta fue la razón suficiente de la muerte de otros cuantos miles. Todo ello podía sumar cosa de treinta millares. Cándido, que temblaba como un filósofo, se escondió lo mejor que pudo durante esta heroica carnicería.

En fin, mientras ambos reyes hacían cantar un *Te Deum*, cada uno en su campo, se resolvió nuestro héroe ir a discurrir a otra parte sobre los efectos y las causas. Pasó por encima de muertos y moribundos hacinados y llegó a un lugar inmediato; estaba hecho cenizas; era una aldea ávara que, conforme a las leyes de derecho público, habían incendiado los búlgaros; aquí unos ancianos acribillados de heridas contemplaban morir a sus esposas degolladas, con los niños apretados a sus pechos ensangrentados. Más allá, exhalaban el postrer suspiro muchachas destripadas, después de haber saciado los deseos naturales de algunos héroes; otras, medio tostadas, clamaban por que las acabaran de matar; la tierra estaba sembrada de sesos al lado de brazos y piernas cortadas.

Cándido huyó a toda prisa a otra aldea que pertenecía a los búlgaros, y que había sido igualmente tratada por los héroes ávaros. Al fin, caminando sin cesar por encima de miembros palpitantes, o atravesando ruinas, salió del teatro de la guerra, con algunas cortas provisiones en la mochila y sin olvidar nunca a Cunegunda. Al llegar a Holanda se le acabaron las provisiones; mas habiendo oído decir que la gente era muy rica en este país y que eran cristianos, no le quedó duda de que le darían tan buen trato como el que le dieron en el castillo del señor barón, antes que lo echaran a causa de los bellos ojos de la señorita Cunegunda. Pidió limosna a muchos sujetos graves; todos le dijeron que si seguía en aquel oficio lo encerrarían en una casa de corrección para enseñarle a vivir. Se dirigió luego a un hombre que acababa de hablar una hora seguida en una crecida asamblea sobre la caridad, y el orador, mirándolo de reojo, le dijo:

—¿A qué vienes aquí? ¿Estás por la buena causa?

—No hay efecto sin causa —respondió modestamente Cándido—; todo está encadenado necesariamente y ordenado para lo mejor; ha sido menester que me echaran de casa de la señorita Cunegunda y que me dieran carreras de baquetas, y es

menester que mendigue el pan hasta que lo pueda ganar; nada de esto podía ser de otra manera.

—Amiguito —le dijo el orador— ¿crees que el Papa es el anticristo?

—Nunca lo había oído —respondió Cándido—; pero séalo o no, yo no tengo pan que comer.

—Ni lo mereces —replicó el otro—; anda, bribón, anda, miserable, y que no te vuelva a ver en mi vida.

Se asomó en esto a la ventana la mujer del ministro, y viendo a uno que dudaba de que el Papa fuera el anticristo, le tiró a la cabeza un vaso lleno de... ¡Oh cielos, a qué excesos se entregan las damas por celo religioso!

Uno que no había sido bautizado, un buen anabaptista, llamado Jacobo, testigo de la crueldad y la ignominia con que trataban a uno de sus hermanos, a un ser bípedo y sin plumas, que tenía alma, lo llevó a su casa, lo limpió, le dio pan y cerveza y dos florines, y además quiso enseñarle a trabajar en su fábrica de tejidos de Persia que se hacen en Holanda. Cándido, arrodillándose casi a sus plantas, clamaba:

—Bien decía el maestro Pangloss, que todo era para mejor en este mundo, porque infinitamente más me conmueve la mucha generosidad de usted que la inhumanidad de aquel señor de capa negra y de su señora mujer.

Yendo al otro día de paseo se encontró con un mendigo cubierto de lepra, casi ciego, la punta de la nariz carcomida, la boca torcida, los dientes ennegrecidos y el habla gangosa, atormentado por una violenta tos, y que a cada esfuerzo escupía una muela.

Capítulo IV
De qué modo encontró Cándido a su maestro de filosofía, el doctor Pangloss, y de lo que a éste le aconteció

Cándido, movido a piedad, más que a horror, dio a este espantoso pordiosero los dos florines que había recibido del honrado anabaptista. El fantasma lo miró de hito en hito y, vertiendo lágrimas, se le colgó al cuello. Cándido retrocedió asustado.

—¡Ay! —dijo el infeliz al otro infeliz—. Conque ¿no conoces a tu amado maestro Pangloss?

—¿Qué oigo? ¡Usted, mi amado maestro! ¡Usted, en tan horrible estado! ¿Qué desdicha le ha sucedido? ¿Por qué no está en el más hermoso de los castillos? ¿Qué se ha hecho de la señorita Cunegunda, la perla de las doncellas, la obra maestra de la naturaleza?

—No puedo más —dijo Pangloss.

Lo llevó sin tardanza Cándido al establo del anabaptista, le dio un mendrugo de pan, y cuando Pangloss hubo cobrado aliento, Cándido le preguntó:

—¿Qué es de Cunegunda?

—Ha muerto —respondió el otro.

Se desmayó Cándido al oírlo y su amigo lo volvió a la vida con un poco de mal vinagre que encontró fortuitamente en el pajar. Abrió Cándido los ojos y exclamó:

—¡Cunegunda muerta! ¡Ah, el mejor de los mundos!, ¿dónde estás? Pero ¿de qué enfermedad ha muerto? ¿Ha sido, por ventura, la pesadumbre de verme echar a patadas del hermoso castillo de su padre?

—No —dijo Pangloss— unos soldados búlgaros la destriparon después que la hubieron violado hasta más no poder; al señor barón, que quiso defenderla, le rompieron la cabeza. La señora baronesa fue cortada en pedazos; mi pobre alumno, tratado lo mismo que su hermana; y en el castillo no ha quedado piedra sobre piedra, ni graneros, ni siquiera un carnero, ni un pato, ni un árbol; pero bien nos han vengado, porque los ávaros han hecho lo mismo a una baronía vecina que era de un señor búlgaro.

Se desmayó otra vez Cándido al oír esta lamentable historia; pero vuelto en sí, y habiendo dicho cuanto tenía que decir, se informó de la causa y del efecto y de la razón suficiente que había puesto a Pangloss en tan lastimoso estado.

—¡Ay! —dijo el otro— es el amor: el amor, el consolador del género humano, el conservador del universo, el alma de todos los seres sensibles, el tierno amor.

—¡Ah! —dijo Cándido— yo he conocido ese amor, he conocido a ese árbitro de los corazones, a esa alma de nuestra alma; tan sólo me ha valido un beso y veinte patadas en el trasero. ¿Cómo tan bella causa ha podido producir en usted tan

abominable efecto?

Pangloss respondió en los términos siguientes:

—Ya conociste, amado Cándido, a Paquita, esa linda doncella de nuestra augusta baronesa; en sus brazos gocé las delicias del paraíso, que han producido los tormentos del infierno que ahora me consumen: estaba infestada por ellos, quizás haya muerto por ellos. Paquita debió este don a un franciscano instruidísimo, que había averiguado el origen de su achaque: se lo había dado una vieja condesa, la cual lo había recibido de un capitán de caballería que lo hubo de una marquesa, a quien se lo dio un paje, que lo cogió de un jesuita, el cual, siendo novicio, lo había recibido en línea recta de uno de los compañeros de Cristóbal Colón. Yo, por mí, no se lo daré a nadie, porque he de morir muy pronto.

—¡Oh Pangloss —exclamó Cándido— qué extraña genealogía! ¿Fue acaso el diablo su fundador?

—En modo alguno —replicó aquel varón eminente— era algo indispensable en el mejor de los mundos, un ingrediente necesario; pues si Colón no hubiera atrapado en una isla de América esta enfermedad que envenena el manantial de la generación, y que a menudo hasta llega a impedirla, y que manifiestamente se opone al gran objetivo de la naturaleza, no tendríamos chocolate ni cochinilla, y se ha de notar que hasta el día de hoy, en nuestro continente, esta dolencia nos es peculiar, no menos que la teología escolástica. Todavía no se ha introducido en Turquía, en la India, en Persia, en China, en Siam ni en el Japón; pero hay razón suficiente para que allí la padezcan dentro de algunos siglos. Mientras tanto, ha hecho maravillosos progresos entre nosotros, especialmente en los grandes ejércitos, que constan de honrados mercenarios muy bien educados, los cuales deciden la suerte de los países; y se puede afirmar con certeza que cuando pelean treinta mil hombres en una batalla campal contra un ejército igualmente numeroso, hay cerca de veinte mil sifilíticos por una y otra parte.

—Es algo portentoso —dijo Cándido—; pero usted debe tratar de curarse.

—Y ¿cómo me he curar, amiguito —dijo Pangloss— si no tengo un ochavo, y en todo este vasto globo a nadie sangran ni le administran una lavativa sin que pague o sin que alguien pague por él?

Estas últimas razones determinaron a Cándido; fue a echarse a los pies de su caritativo anabaptista Jacobo, a quien pintó tan tiernamente la situación a que se veía reducido su amigo, que el buen hombre no vaciló en hospedar al doctor Pangloss y en hacerlo curar a su costa. La curación no costó a Pangloss más que un ojo y una oreja. Como sabía escribir y contar a la perfección, el anabaptista lo hizo su tenedor de libros. Viéndose precisado al cabo de dos meses a ir a Lisboa para asuntos de su comercio, se embarcó con sus dos filósofos. Pangloss le explicaba de qué modo todas las cosas se arreglaban a la perfección. Jacobo no era de su parecer.

—Fuerza es —decía— que los hombres hayan estragado en algo la naturaleza, porque no nacieron lobos y se han convertido en lobos. Dios no les dio ni cañones de veinticuatro ni bayonetas, y ellos, para destruirse, han fraguado bayonetas y cañones. También podría mentar las quiebras y la justicia que embarga los bienes de los fallidos para frustrar a los acreedores.

—Todo eso era indispensable —replicaba el doctor tuerto— y de los males individuales se compone el bien general; de suerte que cuanto más males individuales hay, mejor está el todo.

Mientras argumentaba, se oscureció el cielo, soplaron los vientos de los cuatro ángulos del mundo, y a vista del puerto de Lisboa fue embestido el navío por la tormenta más horrorosa.

Capítulo V
Tormenta, naufragio, terremoto, y lo que le sucedió al doctor Pangloss, a Cándido y a Jacobo el anabaptista

La mitad de los pasajeros, afligidos y sufriendo esas inconcebibles angustias que el balanceo de un barco produce en los nervios y en todos los humores del cuerpo, agitados, en direcciones opuestas, no tenían siquiera fuerzas para inquietarse por el peligro. La otra mitad gritaba y rezaba; las velas estaban rasgadas, los mástiles rotos y abierta la nave; quien podía trabajaba, nadie escuchaba, nadie mandaba. Algo ayudaba a la faena el anabaptista, que estaba sobre el combés, cuando un furioso marinero le pega un rudo empellón y lo derriba sobre las tablas; pero fue tal el esfuerzo que hizo al empujarlo que se cayó de cabeza fuera del navío y quedó colgado y agarrado de una porción del mástil roto. Acudió el buen Jacobo a socorrerlo y lo ayudó a subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayó en el mar a vista del marinero, que lo dejó ahogarse sin dignarse mirarlo. Cándido se acerca, ve a su bienhechor que reaparece un instante y se hunde para siempre; quiere tirarse tras él al mar; pero lo detiene el filósofo Pangloss, demostrándole que la bahía de Lisboa ha sido hecha expresamente para que en ella se ahogara el anabaptista. Probándolo estaba *a priori*, cuando se abrió el navío, y todos perecieron, menos Pangloss, Cándido y el brutal marinero que había ahogado al virtuoso anabaptista; el bribón llegó nadando hasta la orilla, adonde Cándido y Pangloss fueron arrastrados sobre una tabla.

Así que se recobran un poco del susto y del cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algún dinero, con el cual esperaban librarse del hambre, después de haberse zafado de la tormenta.

Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentándose de la muerte de su bienhechor, el mar hirviente embistió el puerto y arrebató cuantos navíos se hallaban en él anclados; calles y plazas se cubrieron de torbellinos, de llamas y cenizas; se hundían las casas, se caían los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero, tarareando y blasfemando, decía:

—Algo ganaremos con esto.

—¿Cuál puede ser la razón suficiente de este fenómeno? —decía Pangloss; y Cándido exclamaba:

—Éste es el día del juicio final.

El marinero corrió sin detenerse en medio de las ruinas, arrostrando la muerte para buscar dinero; con el dinero encontrado se fue a emborrachar, y después de haber dormido su borrachera compra los favores de la primera prostituta de buena

voluntad que encuentra en medio de las ruinas de los desplomados edificios y entre los moribundos y los cadáveres. Pangloss, sin embargo, le tiraba de la casaca, diciéndole:

—Amigo, eso no está bien; eso es pecar contra la razón universal; ahora no es ocasión de holgarse.

—¡Por vida del Padre Eterno! —respondió el otro— soy marinero y nacido en Batavia; cuatro veces he pisado el crucifijo en cuatro viajes que tengo hechos al Japón. ¡Pues no vienes mal ahora con tu razón universal!

Cándido, que la caída de unas piedras había herido, tendido en mitad de la calle y cubierto de ruinas, clamaba a Pangloss:

—¡Ay! Tráigame usted un poco de vino y aceite, que me muero.

—Este temblor de tierra —respondió Pangloss— no es cosa nueva: el mismo azote sufrió Lima años pasados; las mismas causas producen los mismos efectos; sin duda hay una veta subterránea de azufre que va de Lisboa a Lima.

—Nada es tan probable —dijo Cándido— pero, por Dios, un poco de aceite y vino.

—¿Cómo probable? —replicó el filósofo— sostengo que está demostrado.

Cándido perdió el sentido, y Pangloss le llevó un trago de agua de una fuente vecina.

Al día siguiente, metiéndose por entre los escombros, encontraron algunos alimentos y recobraron un poco sus fuerzas. Después trabajaron, a ejemplo de los demás, para aliviar a los habitantes que habían escapado de la muerte. Algunos vecinos socorridos por ellos, les dieron la mejor comida que en tamaño desastre se podía esperar: verdad que fue muy triste el banquete; los convidados bañaban el pan con sus lágrimas, pero Pangloss los consolaba afirmando que no podían suceder las cosas de otra manera, porque todo esto, decía, es conforme a lo mejor; porque si hay un volcán en Lisboa, no podía estar en otra parte; porque es imposible que las cosas dejen de estar donde están, pues todo está bien.

Un hombrecito vestido de negro, familiar[3] de la Inquisición, que junto a él estaba sentado, tomó cortésmente la palabra:

—Sin duda, caballero, no cree usted en el pecado original, porque si todo es para mejor, no ha habido caída ni castigo.

—Perdóneme su excelencia —le respondió con más cortesía Pangloss— porque la caída del hombre y su maldición entran necesariamente en el mejor de los mundos posibles.

—Por lo tanto ¿este caballero no cree que seamos libres? —dijo el familiar de la Inquisición.

—Otra vez ha de perdonar su excelencia —replicó Pangloss— la libertad puede subsistir con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuéramos libres; porque

finalmente la voluntad determinada...

En medio de la frase estaba Pangloss, cuando hizo el familiar una seña a su secretario que le servía vino de Porto o de Oporto.

Capítulo VI
De cómo se hizo un magnífico auto de fe para impedir los terremotos y de los doscientos azotes que pegaron a Cándido

Pasado el terremoto que había destruido las tres cuartas partes de Lisboa, los sabios del país no encontraron un medio más eficaz para prevenir una total ruina que ofrecer al pueblo un magnífico auto de fe.[4] La Universidad de Coimbra decidió que el espectáculo de unas cuantas personas quemadas a fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir que la tierra tiemble.

Con este objeto se había apresado a un vizcaíno, convicto de haberse casado con su comadre, y a dos portugueses que al comer un pollo le habían sacado la grasa: después de la comida se llevaron atados al doctor Pangloss y a su discípulo, a uno por haber hablado, y al otro por haber escuchado con aire de aprobación. Los pusieron separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de allí a ocho días los vistieron con un sambenito[5] y les engalanaron la cabeza con unas mitras de papel: la coraza y el sambenito de Cándido llevaban llamas boca abajo y diablos sin garras ni rabos; pero los diablos de Pangloss tenían rabo y garras, y las llamas ardían hacia arriba. Así vestidos salieron en procesión, y oyeron un sermón muy patético, al cual se siguió una bellísima salmodia. Cándido, mientras duró la música, fue azotado a compás, el vizcaíno y los dos que no habían querido comer la grasa del pollo fueron quemados y Pangloss fue ahorcado, aun cuando ésa no era la costumbre. Aquel mismo día la tierra tembló de nuevo con un estruendo espantoso.

Cándido, aterrado, sobrecogido, desesperado, ensangrentado, se decía: «Si éste es el mejor de los mundos posibles, ¿cómo serán los otros? Vaya con Dios, si no hubieran hecho más que azotarme; ya lo habían hecho los búlgaros. Pero tú, querido Pangloss, el más grande de los filósofos, ¿era necesario verte ahorcar sin saber por qué? ¡Oh, mi amado anabaptista, el mejor de los hombres! ¿Era necesario que te ahogaras en el puerto? ¡Oh, señorita Cunegunda, perla de las doncellas! ¿Era necesario que te abrieran el vientre? ¿Por qué te han sacado el redaño?»

Volvíase a su casa, sin poder tenerse en pie, predicado, azotado, absuelto y bendito, cuando se le acercó una vieja que le dijo:

—Hijo mío, ¡ánimo y sígueme!

Capítulo VII
De cómo una vieja cuidó a Cándido y de cómo éste encontró a la que amaba

No cobró ánimo Cándido, pero siguió a la vieja a una casucha, donde le dio su conductora un pote de pomada para untarse y le dejó de comer y de beber; luego le enseñó una camita muy aseada; junto a la camita había un vestido completo.

—Come, hijo, bebe y duerme —le dijo— y que Nuestra Señora de Atocha, el señor San Antonio de Padua y el señor Santiago de Compostela te asistan; mañana volveré.

Cándido, asombrado de cuanto había visto y padecido, y más aun de la caridad de la vieja, quiso besarle la mano.

—No es mi mano la que has de besar —le dijo la vieja—; mañana volveré. Úntate con la pomada, come y duerme.

Cándido comió y durmió, no obstante sus muchas desventuras. Al día siguiente le trae la vieja desayuno, le observa la espalda, se la restriega con otra pomada y luego le trae de comer; a la noche vuelve y le trae de cenar. Al tercer día fue la misma ceremonia.

—¿Quién es usted? —le decía Cándido—; ¿quién le ha inspirado tanta bondad? ¿Cómo puedo agradecerle?

La buena mujer no respondía, pero volvió aquella noche y no trajo de cenar.

—Ven conmigo —le dijo— y no chistes.

Diciendo esto cogió a Cándido del brazo y echó a andar con él por el campo. Hacen medio cuarto de legua aproximadamente y llegan a una casa, cercada de canales y jardines. Llama la vieja a un postigo, abren y lleva a Cándido por una escalera secreta a un gabinete dorado, lo deja sobre un canapé de terciopelo, cierra la puerta y se marcha. Cándido creía soñar, y miraba su vida entera como un sueño funesto y el momento presente como un sueño delicioso.

Pronto volvió la vieja, sustentando con dificultad del brazo a una trémula mujer, de majestuosa estatura, cubierta de piedras preciosas y cubierta con un velo.

—Alza ese velo —dijo a Cándido la vieja.

Arrímase el mozo y alza con mano tímida el velo. ¡Qué instante! ¡Qué sorpresa! Cree estar viendo a la señorita Cunegunda, y así era. Fáltale el aliento, no puede articular palabra y cae a sus pies. Cunegunda se deja caer sobre el canapé; la vieja los inunda con vinagre aromático; vuelven en sí, se hablan; primero son palabras entrecortadas, preguntas y respuestas que se cruzan, suspiros, lágrimas, gritos. La vieja, recomendándoles que hagan menos bulla, los deja libres.

—¡Conque es usted! —dice Cándido—. ¡Conque usted vive y yo la encuentro en

Portugal! ¿No ha sido, pues, violada? ¿No le han abierto el vientre, como me había asegurado el filósofo Pangloss?

—Sí —replicó la hermosa Cunegunda— pero no siempre son mortales esos accidentes.

—¿Y mataron a su padre y a su madre?

—Por desgracia —respondió llorando Cunegunda.

—¿Y su hermano?

—También mataron a mi hermano.

—Pues ¿por qué está usted en Portugal? ¿Cómo ha sabido que también yo lo estaba? ¿Por qué me ha hecho venir a esta casa?

—Se lo diré, replicó la dama; pero antes es necesario que usted me cuente todo aquello que le ha sucedido desde el inocente beso que me dio y las patadas con que se lo hicieron pagar.

Obedeció Cándido con profundo respeto, y como estaba confuso, tenía débil y trémula la voz, y aunque aún le dolía no poco el espinazo, contó con la mayor ingenuidad todo lo que había padecido desde el momento de su separación. Alzaba Cunegunda los ojos al cielo; lloraba tiernas lágrimas por la muerte del buen anabaptista y de Pangloss; habló después como sigue a Cándido, quien no perdía una palabra y se la devoraba con los ojos.

Capítulo VIII
Historia de Cunegunda

—Dormía profundamente en mi cama, cuando plugo al cielo que entraran los búlgaros en nuestro hermoso Castillo de Thunder-ten-tronckh; degollaron a mi padre y a mi hermano e hicieron tajadas a mi madre. Un búlgaro, de seis pies de altura, viendo que me había desmayado con esta escena, se puso a violarme; con lo cual volví en mí, y empecé a debatirme, a morderlo, arañarlo y a intentar sacarle los ojos, no sabiendo que era cosa de estilo cuanto sucedía en el castillo de mi padre: pero el belitre me dio una cuchillada en el costado izquierdo, de la cual conservo todavía la señal.

—¡Ah! Espero verla —dijo el ingenuo Cándido.

—Ya la verá usted —dijo Cunegunda—; pero continuemos.

—Continúe usted, dijo Cándido.

Cunegunda volvió a tomar el hilo de su historia:

—Entró un capitán búlgaro; me vio llena de sangre, debajo del soldado, que no se incomodaba. El capitán se indignó por el poco respeto que le demostraba ese bárbaro y lo mató sobre mi cuerpo; me hizo luego vendar la herida y me llevó prisionera de guerra a su guarnición. Allí lavaba las pocas camisas que él tenía y le guisaba la comida; él decía que era muy bonita y también he de confesar que era muy lindo mozo, que tenía la piel suave y blanca, pero poco entendimiento y menos filosofía; pronto se echaba de ver que no lo había educado el doctor Pangloss. Al cabo de tres meses perdió todo su dinero y, harto de mí, me vendió a un judío llamado don Isacar, que comerciaba en Holanda y en Portugal y amaba apasionadamente a las mujeres. Se prendó mucho de mí el tal judío; pero nada pudo conseguir, que me he resistido a él mejor que al soldado búlgaro; porque una mujer decente bien puede ser violada una vez; pero eso mismo fortalece su virtud. El judío, para domesticarme, me ha traído a la casa de campo que usted ve. Hasta ahora había creído que no había nada en la tierra más hermoso que el castillo de Thunder-ten-tronckh, pero he salido de mi error.

»El gran inquisidor me vio un día en misa; no me quitó los ojos de encima y me hizo decir que tenía que hablar de un asunto secreto. Me llevaron a su palacio y yo le dije quiénes eran mis padres. Me representó entonces cuán indigno de mi jerarquía era pertenecer a un israelita. Su Ilustrísima propuso a don Isacar que le hiciera cesión de mí, y éste, que es banquero de palacio y hombre de mucho poder, no quiso consentirlo. El inquisidor lo amenazó con un auto de fe. Al fin se atemorizó mi judío e hizo un ajuste en virtud del cual la casa y yo habían de ser de ambos en condominio; el judío se reservó los lunes, los miércoles, y los sábados, y el inquisidor

los demás días de la semana. Seis meses ha que subsiste este convenio, aunque no sin frecuentes contiendas, porque muchas veces han disputado sobre si la noche de sábado a domingo pertenecía a la ley antigua o a la nueva. Hasta ahora me he resistido a los dos; y por este motivo pienso que me quieren tanto.

»Finalmente, por conjurar la plaga de los terremotos e intimidar a don Isacar, le plugo al ilustrísimo señor inquisidor celebrar un auto de fe. Me honró convidándome a la fiesta; me dieron uno de los mejores asientos, y se sirvieron refrescos a las señoras en el intervalo de la misa y la ejecución. Confieso que estaba sobrecogida de horror al ver quemar a los dos judíos y al honrado vizcaíno casado con su comadre; pero ¡cuál no fue mi sorpresa, mi espanto, mi turbación cuando vi cubierto por un sambenito y bajo una mitra un rostro parecido al de Pangloss! Me restregué los ojos, miré con atención, lo vi ahorcar y me desmayé. Apenas había vuelto en mí, cuando lo vi a usted desnudo; allí mi horror, mi consternación, mi desconsuelo y mi desesperación. La piel de usted, lo digo de veras, es más blanca y más encarnada que la de mi capitán de búlgaros, y eso redobló los sentimientos que me abrumaban, que me devoraban. Iba a decir a gritos: “Deteneos, bárbaros”; pero me faltó la voz, y habría sido inútil. Mientras azotaban a usted, yo me decía: “¿Cómo es posible que se encuentren en Lisboa el amable Cándido y el sabio Pangloss, uno para recibir doscientos azotes y el otro para ser ahorcado por orden del ilustrísimo señor inquisidor que tanto me ama? ¡Qué cruelmente me engañaba Pangloss cuando me decía que todo es perfecto en el mundo!”

»Agitada, desesperada, fuera de mí unas veces y muriéndome otras de pesar, pensaba en la matanza de mi padre, mi madre y mi hermano, en la insolencia de aquel soez soldado búlgaro que me dio una cuchillada, en mi oficio de lavandera y cocinera, en mi capitán búlgaro, en mi ruin don Isacar, en mi abominable inquisidor, en el ahorcamiento del doctor Pangloss, en ese gran miserere con salmodias durante el cual le dieron a usted doscientos azotes y sobre todo en el beso que di a usted detrás del biombo la última vez que nos vimos. Agradecí a Dios que nos volvía a reunir por medio de tantas pruebas, y encargué a mi criada vieja que cuidara de usted y me le trajera cuando fuese posible. Ha desempeñado muy bien mi encargo y he disfrutado el imponderable gusto de ver a usted nuevamente, de oírle, de hablarle. Debe de tener un hambre devoradora; yo también tengo apetito; empecemos por cenar.»

Sentáronse, pues, ambos a la mesa, y después de cenar volvieron al hermoso canapé de que ya he hablado. Sobre él estaban, cuando llegó el signor don Isacar, uno de los amos de casa; que era sábado y venía a gozar de sus derechos y a explicar su tierno amor.

Capítulo IX
Qué fue de Cunegunda, de Cándido, del Gran Inquisidor y de un judío

Isacar era el hebreo más colérico que se haya visto en Israel desde la cautividad de Babilonia.

—¿Qué es esto —dijo— perra galilea? ¿Conque no te basta con el señor inquisidor? ¿También ese pícaro debe compartirte?

Al decir esto saca un largo puñal que siempre llevaba en el cinto, y creyendo que su contrario no traía armas, se lanza sobre él. Pero la vieja había dado a nuestro buen westfaliano una espada con el vestido completo de que hablamos; la desenvainó Cándido, a pesar de su mansedumbre, y mató al israelita, que cayó a los pies de la bella Cunegunda.

—¡Virgen Santísima! —exclamó ésta—; ¿qué será de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, estamos perdidos.

—Si no hubieran ahorcado a Pangloss —dijo Cándido—, él nos daría un consejo en este apuro, porque era gran filósofo, pero, a falta de Pangloss, consultemos a la vieja.

Era ésta muy discreta, y empezaba a dar su parecer, cuando abrieron otra puertecilla. Era la una de la madrugada; había ya principiado el domingo, día que pertenecía al gran inquisidor. Al entrar éste ve al azotado Cándido con la espada en la mano, un muerto en el suelo, Cunegunda asustada y la vieja dando consejos.

En este instante se le ocurrieron a Cándido las siguientes ideas y discurrió así: «Si pido auxilio, este santo varón me hará quemar infaliblemente, y otro tanto podrá hacer a Cunegunda; me ha hecho azotar sin misericordia, es mi rival y yo estoy en vena de matar: no hay que detenerse». Este discurso fue tan bien hilado como pronto, y sin dar tiempo a que se recobrase el inquisidor de su sorpresa, lo atravesó de parte a parte de una estocada, y lo dejó tendido junto al israelita.

—Buena la tenemos —dijo Cunegunda—; ya no hay remisión: estamos excomulgados y ha llegado nuestra última hora. ¿Cómo ha hecho usted, siendo de tan mansa condición, para matar en dos minutos a un prelado y a un judío?

—Hermosa señorita —respondió Cándido— cuando uno está enamorado, celoso y azotado por la Inquisición, no sabe lo que hace.

Rompió entonces la vieja el silencio, y dijo:

—En la caballeriza hay tres caballos andaluces con sus sillas y frenos; ensíllelos el esforzado Cándido; esta señora tiene doblones y diamantes, montemos a caballo y vamos a Cádiz, aunque yo sólo puedo sentarme sobre una nalga. El tiempo está hermosísimo y da contento viajar con el fresco de la noche.

Cándido ensilló volando los tres caballos, y Cunegunda, él y la vieja anduvieron dieciséis leguas sin parar. Mientras iban andando, vino a la casa de Cunegunda la Santa Hermandad, enterraron a Su Ilustrísima en una suntuosa iglesia y a Isacar lo tiraron a un muladar.

Ya estaban Cándido, Cunegunda y la vieja en la aldea de Aracena, en mitad de los montes de Sierra Morena, y decían lo que sigue en un mesón.

Capítulo X
De la triste situación en que Cándido, Cunegunda y la vieja llegaron a Cádiz y de cómo se embarcaron para América

—¿Quién me habrá robado mis doblones y mis diamantes? —decía llorando Cunegunda—; ¿cómo hemos de vivir? ¿Qué hemos de hacer? ¿Dónde he de hallar inquisidores y judíos que me den otros?

—¡Ay! —dijo la vieja— mucho me sospecho de un reverendo padre franciscano que ayer durmió en Badajoz en nuestra posada. Líbreme Dios de hacer juicios temerarios; pero dos veces entró en nuestro cuarto y se fue mucho antes que nosotros.

—¡Ah! —dijo Cándido— muchas veces me ha probado el buen Pangloss que los bienes de la tierra son comunes a todos y que cada uno tiene igual derecho a su posesión. Conforme a estos principios, el franciscano nos había de haber dejado con qué acabar nuestro camino. ¿Conque nada te queda, hermosa Cunegunda?

—Ni un maravedí —respondió ésta.

—¿Y qué haremos? —exclamó Cándido.

—Vendamos uno de los caballos —dijo la vieja—; yo montaré a la grupa del de la Señorita, aunque sólo puedo tenerme sobre una nalga, y así llegaremos a Cádiz.

En el mismo mesón había un prior de los benedictinos, que compró barato el caballo. Cándido, Cunegunda y la vieja atravesaron Lucena, Chilla, Lebrija, y llegaron por fin a Cádiz, donde estaban equipando una escuadra para poner en razón a los reverendos padres jesuitas del Paraguay, que habían excitado a una de sus rancherías de indios contra los reyes de España y Portugal, cerca de la colonia del Sacramento. Cándido, que había servido en la tropa búlgara, hizo el ejercicio a la búlgara con tanto donaire, ligereza, maña, agilidad y desembarazo, ante el general del pequeño ejército, que éste le dio el mando de una compañía de infantería. Helo, pues, capitán; con esta graduación se embarcó en compañía de su señorita Cunegunda, de la vieja, de dos criados y de los dos caballos andaluces que habían pertenecido al Gran Inquisidor de Portugal.

Durante todo el viaje discurrieron largamente sobre la filosofía del pobre Pangloss.

—Vamos a otro mundo —decía Cándido— y es en él, sin duda, donde todo está bien; porque debemos confesar que este nuestro mundo tiene sus defectillos físicos y morales.

—Te quiero con toda mi alma —decía Cunegunda—; pero todavía llevo el corazón traspasado con lo que he visto y padecido.

—Todo irá bien —replicó Cándido—; ya el mar de este nuevo mundo vale más

que nuestros mares de Europa; es más tranquilo y los vientos son más constantes; no cabe duda de que el Nuevo Mundo es el mejor de los mundos posibles.

—¡Dios lo quiera! —dijo Cunegunda—; pero tan horrendas catástrofes he sufrido en el mío, que apenas si me queda en el corazón resquicio de esperanza.

—Ustedes se quejan —les dijo la vieja—; pues sepan que no han pasado por infortunios como los míos.

Se sonrió Cunegunda del disparate de la buena mujer, que se alababa de ser más desgraciada que ella.

—¡Ay! —le dijo— a menos que usted haya sido violada por dos búlgaros, que le hayan dado dos cuchilladas en el vientre, que hayan demolido dos de sus castillos, que hayan degollado en su presencia a dos padres y a dos madres y que haya visto a dos de sus amantes azotados en un auto de fe, no sé cómo pueda ganarme; sin contar que he nacido baronesa con setenta y dos cuarteles en mi escudo de armas y después he descendido a cocinera.

—Señorita —replicó la vieja— usted no sabe cuál ha sido mi cuna; y si le enseñara mi trasero, no hablaría del modo que habla y suspendería su juicio.

Este discurso provocó una gran curiosidad en Cándido y Cunegunda; la vieja la satisfizo con las palabras siguientes.

Capítulo XI
Historia de la vieja

—No siempre he tenido los ojos legañosos y ribeteados de escarlata; no siempre la nariz me ha tocado el mentón, ni he sido siempre fregona. Soy hija del papa Urbano X y de la princesa de Palestrina. Hasta que tuve catorce años me criaron en un palacio, al cual no hubieran podido servir de caballeriza todos los castillos de vuestros barones tudescos, y era más rico uno de mis trajes que todas las magnificencias de la Westfalia. Crecía en gracia, en talento y beldad, en medio de placeres, respetos y esperanzas, y ya inspiraba amor. Se formaba mi pecho; pero, ¡qué pecho! Blanco, firme, tallado como el de la Venus de Médicis; ¡y qué ojos! ¡Qué párpados! ¡Qué negras cejas! ¡Qué llamas salían de mis pupilas y borraban el centelleo de los astros, según decían los poetas del barrio! Las doncellas que me desnudaban y me vestían se quedaban absortas cuando me contemplaban por detrás y por delante, y todos los hombres hubieran querido estar en su lugar.

»Se celebraron mis desposorios con un príncipe soberano de Masa Carrara. Dios mío, ¡qué príncipe! Tan hermoso como yo, lleno de dulzura y atractivos, brillante el ingenio, ardiente de amor: yo lo amaba como quien quiere por vez primera, con idolatría, con arrebato. Se dispusieron las bodas con pompa y magnificencia nunca vistas: todo era fiestas, torneos, óperas bufas, y en toda Italia se hicieron sonetos en mi elogio, de los cuales ni siquiera hubo uno pasable. Ya rayaba la aurora de mi felicidad, cuando una marquesa vieja, a quien había cortejado mi príncipe, lo convidó a tomar chocolate con ella y el desventurado murió al cabo de dos horas, presa de horribles convulsiones; pero esto es friolera para lo que falta. Mi madre, desesperada, pero mucho menos afligida que yo, quiso perder de vista por algún tiempo esta funesta mansión. Teníamos una hacienda muy pingüe en las inmediaciones de Gaeta y nos embarcamos para este puerto en una galera del país, dorada como el altar de San Pedro en Roma. He aquí que un pirata de Salé nos da caza y nos aborda; nuestros soldados se defendieron como buenos soldados del Papa: tiraron las armas y se hincaron de rodillas, pidiendo al pirata la absolución *in articulo mortis*.

»En breve los desnudaron como monos, y lo mismo hicieron con mi madre, con nuestras doncellas, conmigo. Es portentosa la presteza con que estos caballeros desnudan a la gente; pero lo que más me extrañó fue que a todos nos metieron el dedo en un sitio donde nosotras, las mujeres, no estamos acostumbradas a meter sino cánulas. Me pareció muy rara esta ceremonia: así juzga de todo el que no ha salido de su país; muy pronto supe que era para ver si en aquel sitio habíamos escondido algunos diamantes; es una costumbre establecida de tiempo inmemorial en las naciones civilizadas que vigilan los mares; los religiosos caballeros de Malta nunca lo

omiten cuando apresan a turcos y a turcas, porque es ley del derecho de gentes que nunca ha sido derogada.

»No diré si fue cosa dura para una joven princesa que la llevaran cautiva a Marruecos con su madre; bien pueden ustedes figurarse cuánto padeceríamos en el navío pirata. Mi madre todavía era muy hermosa; nuestras camareras, y hasta simples criadas, eran más lindas que cuantas mujeres pueden hallarse en toda África; yo era un embeleso, la beldad, la gracia misma, y era doncella; pero no lo fui mucho tiempo, pues el capitán corsario me robó la flor que estaba destinada al hermoso príncipe de Masa Carrara. Tratábase de un negro abominable, que creía que me honraba con sus caricias. Sin duda la princesa de Palestrina y yo debíamos de ser muy robustas cuando resistimos a todo cuanto pasamos hasta llegar a Marruecos. Pero, ¡adelante!, son cosas tan comunes, que no merecen mentarse siquiera.

»Cuando llegamos corrían ríos de sangre por Marruecos; cada uno de los cincuenta hijos del emperador Muley-Ismael tenía su partido, lo que producía cincuenta guerras civiles de negros contra negros, de negros contra moros, de moros contra moros, de mulatos contra mulatos, y todo el ámbito del imperio era una continua carnicería.

»Apenas hubimos desembarcado, acudieron unos negros de una facción enemiga de la de mi pirata para quitarle el botín. Después del oro y los diamantes, la cosa de más precio que había éramos nosotras, y presencié un combate como nunca se ve en nuestros climas europeos, porque los pueblos septentrionales no tienen la sangre tan ardiente, ni es en ellos la pasión por las mujeres lo que es entre africanos. Parece que los europeos tienen leche en las venas; vitriolo, fuego, parece correr por las de los habitantes del monte Atlante y de los países vecinos. Pelearon con la furia de los leones, los tigres y las sierpes de la comarca para saber quién había de ser nuestro dueño. Agarró un moro a mi madre por el brazo derecho, el asistente de mi capitán la retuvo por el izquierdo; un soldado moro la cogió de una pierna y uno de nuestros piratas se asía de la otra, y casi todas nuestras doncellas se encontraron en un momento tiradas por cuatro soldados. Mi capitán se había puesto delante de mí, y blandiendo la cimitarra daba muerte a cuantos se oponían a su furor. Finalmente, vi a todas nuestras italianas y a mi madre desgarradas, acribilladas de heridas y hechas pedazos; mis compañeros cautivos, aquellos que los habían cautivado, soldados, marineros, negros, moros, blancos, mulatos, y mi capitán por último, todos murieron, y yo quedé agonizando sobre un montón de cadáveres. Las mismas escenas se repetían, como es sabido, en un espacio de más de trescientas leguas, sin que nadie faltase a las cinco oraciones diarias que ordena Mahoma.

»Me zafé con mucho trabajo de tanta multitud de sangrientos cadáveres amontonados, y llegué arrastrándome al pie de un gran naranjo que había a orillas de un arroyo; allí caí, rendida del susto, del cansancio, del horror, de la desesperación y

del hambre. Muy pronto mis sentidos postrados se entregaron a un sueño que más que sosiego era letargo. En este estado de insensibilidad y flaqueza estaba entre la vida y la muerte, cuando me sentí comprimida por una cosa que bullía sobre mi cuerpo; y abriendo los ojos vi a un hombre blanco y de buena traza, que suspirando decía entre dientes:

«—*Oh che sciagura d'essere senza cogl...*»

Capítulo XII
Prosiguen las desgracias de la vieja

»Atónita y alborozada de oír el idioma de mi patria y no menos sorprendida de las palabras que decía aquel hombre, le respondí que mayores desgracias había que el desmán de que se lamentaba, informándole en pocas palabras de los horrores que había sufrido; después de esto volví a desmayarme. Me llevó a una casa vecina, hizo que me metieran en la cama y me dieran de comer, me sirvió, me consoló, me halagó, me dijo que no había visto nunca en su vida criatura más hermosa ni había sentido nunca más que ahora la falta de aquello que nadie podía devolverle.

»—Nací en Nápoles —me dijo— donde castran todos los años a dos o tres mil chiquillos; unos se mueren, otros adquieren mejor voz que las mujeres y otros van a gobernar Estados. Me hicieron esta operación con suma felicidad, y he sido músico de la capilla de la señora princesa de Palestrina.

»—¡De mi madre! —exclamé.

»—¡De su madre! —exclamó llorando—. ¡Conque es usted aquella princesita que crié yo hasta que tuvo seis años y daba muestras de ser tan hermosa como es usted!

»—Ésa misma soy, y mi madre está a cuatrocientos pasos de aquí, hecha tajadas, bajo un montón de cadáveres...

»Le conté entonces cuanto me había sucedido, y él también me narró sus aventuras, y me dijo que era ministro plenipotenciario de una potencia cristiana ante el rey de Marruecos, para firmar un tratado con este monarca, en virtud del cual se le suministrarían navíos, cañones y pólvora para ayudarle a exterminar el comercio de los demás cristianos.

»—Ya he terminado mi misión —añadió el honrado eunuco— y me voy a embarcar a Ceuta, de donde la llevaré a usted a Italia. *Ma che sciagura d’essere senza cogl...*

»Dile las gracias vertiendo tiernas lágrimas, y en vez de llevarme a Italia me condujo a Argel, y me vendió al Dey. Apenas me había vendido, se manifestó en la ciudad con toda su furia aquella peste que ha dado la vuelta por África, Europa y Asia. Señorita, usted ha visto temblores de tierra; pero ¿ha padecido la peste?»

—Nunca —respondió la baronesa.

—Si la hubiera padecido confesaría usted que con ella no tienen comparación los terremotos. Es muy frecuente en África, y yo la he padecido. Figúrese usted qué situación para la hija de un papa, de quince años de edad, que en el espacio de tres meses había sufrido pobreza y esclavitud, había sido violada casi todos los días, había visto hacer cuatro pedazos a su madre, había padecido las plagas de la guerra y del hambre y se moría de la peste en Argel. Verdad es que no morí; pero pereció mi

eunuco, el Dey y casi todo el serrallo.

»Cuando calmó un poco la desolación de esta espantosa peste, vendieron a los esclavos del Dey. Me compró un mercader que me llevó a Túnez, donde me vendió a otro mercader, el cual me revendió en Trípoli; de Trípoli me revendieron en Alejandría, de Alejandría en Esmirna y de Esmirna en Constantinopla: al cabo vine a parar a manos de un agá de los jenízaros que en breve recibió orden de ir a defender a Azof contra los rusos, que la tenían sitiada.

»El agá, hombre muy elegante, llevó consigo a todo su serrallo, y nos alojó en un fortín sobre la laguna Meótides, guardado por dos eunucos negros y veinte soldados. Fueron muertos millares de rusos, pero nos pagaron con creces: entraron en Azof a sangre y fuego y no se perdonó edad ni sexo; sólo quedó nuestro fortín, que los enemigos quisieron tomar por hambre. Los veinte jenízaros juraron no rendirse; los apuros del hambre a que se vieron reducidos los forzaron a comerse a los dos eunucos por no faltar al juramento, y al cabo de pocos días resolvieron comerse a las mujeres.

»Teníamos un imán, muy piadoso y caritativo, que les predicó un sermón elocuente, exhortándolos a que no nos mataran del todo. Cortad, dijo, una nalga a cada una de estas señoras, con la cual os regalaréis a vuestro paladar; si es menester, les cortaréis la otra dentro de algunos días: el cielo remunerará obra tan caritativa y recibiréis socorro.

»Como era tan elocuente, los persuadió y nos hicieron tan horrorosa operación. Nos puso el imán el mismo ungüento que se pone a las criaturas recién circuncidadas: todas estábamos a punto de morir.

»Apenas habían comido los jenízaros la carne que nos habían quitado, desembarcaron los rusos en unos barcos chatos, y no se escapó con vida ni siquiera un jenízaro: los rusos no tuvieron consideración por el estado en que nos hallábamos. En todas partes se encuentran cirujanos franceses; uno que era muy hábil nos tomó a su cargo y nos curó, y toda mi vida recordaré que, así que se cerraron mis llagas, me requirió de amores. Nos exhortó luego a tener paciencia, afirmándonos que lo mismo había sucedido en otros muchos sitios y que era ésa la ley de la guerra.

»Luego que pudieron andar mis compañeras, las condujeron a Moscú, y yo cupe en suerte a un boyardo que me hizo su hortelana y me daba veinte zurrazos diarios. Al cabo de dos años fue descuartizado este señor, con una treintena de boyardos, por no sé qué enredo de palacio; aprovechándome de la ocasión me escapé, atravesé la Rusia entera y serví mucho tiempo en los mesones, primero de Riga y luego de Rostock, de Vismar, de Lipsia, de Casel, de Utrech, de Leyden, de La Haya y de Roterdam. Así he envejecido en el oprobio y la miseria, con no más que la mitad del trasero, siempre acordándome de que era hija de un papa. Cien veces he querido suicidarme; mas me sentía con apego a la vida. Acaso esta ridícula flaqueza es una de nuestras propensiones más funestas; ¿hay mayor necedad que empeñarse en llevar

continuamente encima una carga que siempre anhela uno tirar por tierra; horrorizarse de su existencia y querer existir, acariciar la serpiente que nos devora hasta que nos haya comido el corazón?

»En los países a donde me ha llevado mi suerte, y en los mesones donde he servido, he visto infinita cantidad de personas que execraban su existencia; pero sólo he visto doce que pusieron fin voluntariamente a sus cuitas: tres negros, cuatro ingleses, cuatro ginebrinos y un alemán llamado Robek. Al fin me tomó por criada el judío don Isacar, y me llevó junto a usted, hermosa señorita, donde sólo he pensado en su felicidad, interesándome más en sus aventuras que en las mías; y nunca hubiera mentado mis desgracias si no me hubiera usted picado un poco, y si no fuese costumbre de los que viajan contar cuentos para matar el tiempo. Señorita, tengo experiencia y sé lo que es el mundo; vaya usted preguntando a cada pasajero, uno por uno, la historia de su vida, y mande que me arrojen de cabeza al mar si encuentra uno solo que no haya maldecido cien veces de la existencia y que no se haya creído el más desventurado de los mortales.»

Capítulo XIII
De cómo Cándido tuvo que separarse de la hermosa Cunegunda y de la vieja

Oída la historia de la vieja, la hermosa Cunegunda la trató con toda la urbanidad y el decoro que se merecía una persona de tan alta jerarquía y de tanto mérito, y admitió su propuesta. Rogó a todos los pasajeros que le contaran sus aventuras, uno después de otro, y Cándido y ella confesaron que tenía razón la vieja.

—¡Lástima es —decía Cándido— que hayan ahorcado, contra lo que es práctica, al sabio Pangloss en un auto de fe! Cosas maravillosas nos diría acerca del mal físico y del mal moral que cubren mares y tierras, y yo me sentiría con valor para hacerle algunas objeciones.

Mientras contaba cada uno su historia, iba andando el navío, y al fin llegó a Buenos Aires. Cunegunda, el capitán Cándido y la vieja se presentaron ante el gobernador don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, cuya arrogancia era propia de un hombre poseedor de tantos apellidos. Hablaba a los otros hombres con la más noble altivez, levantando la nariz y alzando implacablemente la voz, en un tono tan imponente, afectando ademanes tan orgullosos, que cuantos lo saludaban sentían tentaciones de abofetearlo. Amaba furiosamente a las mujeres, y Cunegunda le pareció la más hermosa criatura del mundo. Lo primero que hizo fue preguntar si era mujer del capitán. Se sobresaltó Cándido del tono con que acompañó esta pregunta y no se atrevió a decir que fuese su mujer, porque verdaderamente no lo era, ni menos que fuese su hermana, porque no lo era tampoco, y aunque esta mentira oficiosa era muy frecuentemente usada por los antiguos y hubiera podido ser de utilidad a los modernos, el alma de Cándido era demasiado pura para traicionar la verdad.

—Esta señorita —dijo— me ha de favorecer con su mano y suplicamos ambos a su excelencia que se digne ser nuestro padrino.

Oyendo esto, don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, se atusó con la izquierda el bigote, rió amargamente y ordenó al capitán Cándido que fuera a pasar revista a su compañía. Obedeció éste y se quedó el gobernador a solas con la señorita Cunegunda; le declaró su amor, previniéndole que al día siguiente sería su esposo por delante o por detrás de la iglesia, como más placiera a Cunegunda. Le pidió ésta un cuarto de hora para pensarlo bien, consultarlo con la vieja y resolverse.

La vieja dijo a Cunegunda:

—Señorita, usted tiene setenta y dos cuarteles y ni un ochavo, y está en su mano ser la mujer del señor más principal de la América meridional, que tiene unos bigotes

estupendos, ¿es del caso mostrar una fidelidad a toda prueba? Los búlgaros la violaron a usted, un inquisidor y un judío han disfrutado sus favores; la desdicha da legítimos derechos. Si yo fuera usted, confieso que no tendría reparo ninguno en casarme con el señor gobernador, y hacer rico al señor capitán Cándido.

Mientras así hablaba la vieja, con la autoridad que su prudencia y sus canas le daban, vieron entrar al puerto un barquito que traía un alcalde y dos alguaciles; y era ésta la causa de su arribo.

No se había equivocado la vieja en sospechar que el ladrón del dinero y las joyas de Cunegunda, en Badajoz, cuando venía huyendo con Cándido, era un franciscano de manga ancha. El fraile quiso vender a un joyero algunas de las piedras preciosas robadas, y éste advirtió que eran las mismas que él le había vendido al gran inquisidor. El franciscano, antes de que lo ahorcaran confesó a quién y cómo las había robado y el camino que llevaban Cándido y Cunegunda. Ya se sabía la fuga de ambos: fueron, pues, en su seguimiento hasta Cádiz, y sin perder tiempo salió un navío en su demanda. Ya estaba la embarcación al ancla en el puerto de Buenos Aires, y corrió la voz de que iba a desembarcar un alcalde del crimen, que venía en busca de los asesinos del ilustrísimo gran inquisidor. Al punto comprendió la discreta vieja lo que había que hacer.

—Usted no puede escaparse —dijo a Cunegunda— ni tiene nada que temer, que no fue usted quien mató a Su Ilustrísima; y fuera de eso, el gobernador enamorado no consentirá que la maltraten; con que no hay que afligirse.

Va luego corriendo a Cándido y le dice:

—Escápate, hijo mío, si no quieres que dentro de una hora te quemen vivo.

No quedaba un momento que perder; pero, ¿cómo se había de apartar de Cunegunda? ¿Y dónde hallaría asilo?

Capítulo XIV
De cómo recibieron a Cándido y a Cacambo los jesuitas del Paraguay

Cándido había traído consigo de Cádiz un criado, como se encuentran muchos en los puertos de mar de España. Era un cuarterón, hijo de un mestizo de Tucumán, y había sido monaguillo, sacristán, marinero, monje, comisionista, soldado, lacayo. Se llamaba Cacambo y quería mucho a su amo, porque su amo era muy bueno. Ensilló en un abrir y cerrar de ojos los dos caballos andaluces, y dijo a Cándido:

—Vamos, señor, sigamos el consejo de la vieja y echemos a correr sin mirar siquiera hacia atrás.

Cándido lloraba:

—¡Oh, mi amada Cunegunda! ¿Conque es fuerza que te abandone cuando iba el señor gobernador a ser padrino de nuestras bodas? ¿Qué será de mi Cunegunda, que traje de tan lejos?

—Será lo que Dios quiera —dijo Cacambo—: las mujeres para todo encuentran salida; Dios las proteja, vámonos.

—¿Adónde me llevas? ¿Adónde vamos? ¿Qué nos haremos sin Cunegunda? —decía Cándido.

—Voto a Santiago de Compostela —replicó Cacambo—; usted venía con ánimo de pelear contra los jesuitas, pues vamos a pelear en su favor. Yo sé el camino y le llevaré a usted a su reino; y tendrán mucha complacencia en poseer un capitán que hace el ejercicio a la búlgara. Usted hará una fortuna prodigiosa; que cuando no tiene uno lo que ha menester en un mundo, lo busca en el otro, y es gran satisfacción ver y hacer cosas nuevas.

—¿Conque tú ya has estado en el Paraguay? —le preguntó Cándido.

—Por cierto —replicó Cacambo—; he sido fámulo en el colegio de la Asunción y conozco el reino de los padres lo mismo que las calles de Cádiz. Es un reino admirable. Ya tiene más de trescientas leguas de diámetro, y se divide en treinta provincias. Los padres son dueños de todo y los pueblos no tienen nada; es la obra maestra de la razón y la justicia. No sé de nada más divino que esos padres, que aquí hacen la guerra a los reyes de España y Portugal y los confiesan en Europa; aquí matan a los españoles y en Madrid les abren el cielo; vaya, es cosa que me encanta. Vamos a prisa, que va usted a ser el más afortunado de los hombres. ¡Qué gusto para los padres cuando sepan que les llega un capitán que sabe el ejercicio búlgaro!

Así que llegaron a la primera barrera, dijo Cacambo a la guardia avanzada que un capitán quería hablar con el señor comandante. Avisaron a la gran guardia y un oficial paraguayo fue corriendo a echarse a los pies del comandante para darle parte de esta

nueva. Desarmaron primero a Cándido y a Cacambo, y les cogieron sus caballos andaluces; los introdujeron luego entre dos filas de soldados, al cabo de los cuales estaba el comandante, con su tricornio, la espada ceñida, la sotana remangada, y una alabarda en la mano: hizo una seña y al punto veinticuatro soldados rodearon a los recién venidos. Les dijo un sargento que esperasen, porque no les podía hablar el comandante, habiendo mandado el padre provincial que ningún español abriera la boca como no fuese en su presencia, ni se detuviera arriba de tres horas en el país.

—¿Y dónde está el reverendo padre provincial? —dijo Cacambo.

—En la parada, desde que dijo misa, y no podrán ustedes besarle las espuelas hasta de aquí a tres horas.

—Pero el señor capitán, que se está muriendo de hambre lo mismo que yo —dijo Cacambo— no es español: es alemán, y me parece que podríamos almorzar mientras llega Su Ilustrísima.

En el acto fue el sargento a dar cuenta al comandante.

—Bendito sea Dios —dijo este señor—; si es alemán, bien podemos hablar; llévenle a mi enramada.

Llevaron al punto a Cándido a un gabinete de verdura, ornado de una muy bonita columnata de mármol verde y oro, y de jaulas con papagayos, picaflores, pájaros mosca, gallinas de Guinea y otros pájaros extraños. Los esperaba un excelente almuerzo servido en vajilla de oro y, mientras los paraguayos comían maíz en escudillas de madera, y en campo raso, al calor del sol, el reverendo padre comandante entró en la enramada. Era un hermoso joven, blanco y rosado, las cejas arqueadas, los ojos despiertos, encarnadas las orejas, rojos los labios, el ademán altivo, pero con una altivez que no era la de un español ni la de un jesuita. Fueron restituidas a Cándido y a Cacambo las armas que les habían quitado, y con ellas los dos caballos andaluces; Cacambo les echó un pienso cerca de la enramada, sin perderlos de vista, temiendo que le jugaran alguna treta.

Besó Cándido la sotana del comandante y se sentaron ambos a la mesa.

—¿Conque es usted alemán? —le dijo el jesuita en este idioma.

—Sí, padre reverendísimo —dijo Cándido.

Se miraron uno y otro, al pronunciar estas palabras, con una sorpresa y una emoción que no podían contener en el pecho.

—¿De qué país de Alemania es usted? —dijo el jesuita.

—De la sucia provincia de Westfalia —replicó Cándido—; he nacido en el castillo de Thunder-ten-tronckh.

—¡Dios mío! ¿Es posible? —exclamó el comandante.

—¡Qué milagro! —gritaba Cándido.

—¿Es usted? —decía el comandante.

—No puede ser —replicaba Cándido.

Se lanzan uno sobre otro, se abrazan, derraman un mar de lágrimas. ¿Conque es usted mi reverendo padre?, ¡usted, el hermano de la hermosa Cunegunda, usted, que fue muerto por los búlgaros: usted, hijo del señor barón; usted, jesuita en el Paraguay! Vaya que en este mundo se ven cosas extrañas. ¡Oh Pangloss, Pangloss, qué júbilo fuera el tuyo si no te hubieran ahorcado!

Hizo retirar el comandante a los esclavos negros y a los paraguayos, que le escanciaban vino en vasos de cristal de roca y dio mil veces gracias a Dios y a San Ignacio, estrechando en sus brazos a Cándido, mientras que por los rostros de ambos corrían las lágrimas.

—Más se enternecerá usted, se asombrará y perderá el juicio —continuó Cándido—, cuando sepa que la señorita Cunegunda, su hermana, a quien cree destripada, goza de buena salud.

—¿En dónde?

—Aquí cerca, en casa del señor gobernador de Buenos Aires, y yo he venido con ella a la guerra.

Cada palabra que en esta larga conversación decían era un prodigio nuevo: toda su alma la tenían pendiente de la lengua, atenta en los oídos y brillándoles en los ojos. A fuer de alemanes, estuvieron largo rato sentados a la mesa, mientras venía el reverendo padre provincial, y el comandante habló así a su amado Cándido.

Capítulo XV
De cómo Cándido mató al hermano de su querida Cunegunda

—Toda mi vida recordaré aquel espantoso día en que vi matar a mi padre y a mi madre y violar a mi hermana. Cuando se retiraron los búlgaros, nadie pudo dar razón de esta adorable hermana, y echaron en una carreta a mi madre, a mi padre, y a mí, a dos criados y a tres muchachos degollados, para enterrarnos en una iglesia de jesuitas que dista dos leguas del castillo de mi padre. Un jesuita nos roció con agua bendita, que estaba muy salada; me entraron una gotas en los ojos, y advirtió el padre que hacían mis párpados un movimiento de contracción: me puso la mano en el corazón, y lo sintió latir: me socorrieron y al cabo de tres semanas me hallé sano. Ya sabe usted, querido Cándido, que era yo muy bonito; creció mi hermosura con la edad, de suerte que el reverendo padre Croust, rector de la casa, me tomó mucho cariño, y me dio el hábito de novicio: poco después me enviaron a Roma. El padre general necesitaba una leva de jóvenes jesuitas alemanes. Los soberanos del Paraguay reciben la menor cantidad posible de jesuitas españoles, y prefieren a los extranjeros, de quien se tienen por más seguros. El reverendo padre general me creyó bueno para el cultivo de esta viña, y vinimos juntos un polaco, un tirolés y yo. Así que llegué, me ordenaron de subdiácono, y me dieron una tenencia: y ya soy coronel y sacerdote. Las tropas del rey de España serán recibidas con brío, y yo salgo fiador de que se han de volver excomulgadas y vencidas. La Providencia le ha traído a usted aquí para secundarnos. Pero, ¿es cierto que mi querida Cunegunda está muy cerca, en casa del gobernador de Buenos Aires?

Cándido juró que nada era más cierto, y de nuevo se echaron a llorar.

No se hartaba el barón de abrazar a Cándido, llamándolo su hermano y su libertador.

—Acaso podremos, querido Cándido —le dijo— entrar vencedores los dos juntos en Buenos Aires, y recuperar a mi hermana Cunegunda.

—No deseo otra cosa —respondió Cándido— porque me iba a casar con ella y todavía espero ser su esposo.

—¡Insolente! —replicó el barón—: ¡Pretender casarte con mi hermana, que tiene setenta y dos cuarteles!, ¡y tienes el descaro de hablarme de tan temerario pensamiento!

Confuso Cándido al oír estas razones, le respondió:

—Reverendo padre, importan un bledo todos los cuarteles de este mundo; yo he sacado a la hermana de vuestra reverencia de los brazos de un judío y un inquisidor; ella me está agradecida y quiere ser mi mujer; el maestro Pangloss me ha dicho que

todos los hombres somos iguales, y Cunegunda ha de ser mía.

—Eso lo veremos, bribón —dijo el jesuita barón de Thunder-ten-tronckh, desenvainando la espada y pegándole un planazo en la mejilla. Cándido desenvaina la suya y la hunde hasta el mango en el vientre del barón jesuita; pero al sacarla humeando en sangre, se echó a llorar.

—¡Ah, Dios mío —dijo— he quitado la vida a mi antiguo amo, mi amigo, mi cuñado! Soy el mejor hombre del mundo, y ya llevo muertos tres hombres, y de estos tres, dos son clérigos.

Acudió Cacambo, que estaba de centinela a la puerta de la enramada.

—Tenemos que vender caras nuestras vidas —le dijo su amo—; sin duda van a entrar en la enramada: muramos con las armas en la mano.

Cacambo, sin inmutarse, cogió la sotana del barón, se la echó a Cándido por encima, le puso el tricornio del cadáver y lo hizo montar a caballo; todo esto se ejecutó en un momento.

—Galopemos, señor; creerán que es usted un jesuita que lleva órdenes, y antes que vengan tras de nosotros habremos ya pasado la frontera.

Volaba ya al pronunciar estas palabras, gritando en español:

—¡Sitio, sitio para el reverendo padre coronel!

Capítulo XVI
Qué fue de los dos viajeros con dos muchachas, dos monos y los salvajes llamados orejones

Ya habían pasado las barreras Cándido y su criado, y todavía ninguno en el campo sabía la muerte del jesuita tudesco. El vigilante Cacambo no se había olvidado de hacer buena provisión de pan, chocolate, jamón, fruta y botas de vino, y así se metieron con sus caballos andaluces en un país desconocido, donde no descubrieron ningún sendero trillado: al cabo se ofreció a su vista una hermosa pradera regada de arroyuelos, y nuestros dos caminantes dejaron pacer sus caballerías. Cacambo propuso a su amo que comiese, dándole con el consejo el ejemplo.

—¿Cómo quieres —le dijo Cándido— que coma jamón, después de haber muerto al hijo del señor barón, y viéndome condenado a no mirar nunca más a la bella Cunegunda? ¿Qué me valdrá alargar mis desventurados años, debiendo pasarlos lejos de ella, en el remordimiento y la desesperación? ¿Qué dirá el Diario de Trevoux?

Y mientras hablaba, no dejaba de comer. El sol iba a ponerse, cuando los dos extraviados caminantes oyen unos blandos quejidos como de mujeres; pero no sabían si eran de dolor o de alegría: se levantaron, empero, a toda prisa con el susto y la inquietud que cualquiera cosa infunde en un país desconocido. Daban estos gritos dos muchachas desnudas que corrían con mucha ligereza por la pradera, y en su seguimiento iban dos monos mordiéndoles las nalgas. Se movió Cándido a compasión; había aprendido a tirar con los búlgaros, y era tan diestro que derribaba una avellana del árbol sin tocar hojas; cogió, pues, su escopeta madrileña de dos caños, tiró y mató a ambos monos.

—Bendito sea Dios, querido Cacambo —dijo— que de tamaño peligro he librado a esas dos pobres criaturas; si cometí un pecado en matar a un inquisidor y a un jesuita, ya he satisfecho a Dios librando de la muerte a dos muchachas, que acaso son dos señoritas de gran condición; y esta aventura no puede menos de granjearnos mucho provecho en el país.

Iba a decir más, pero se le heló la sangre y el habla cuando vio que las dos muchachas abrazaban amorosamente a los monos, inundaban de llanto los cadáveres y henchían el viento con los más dolientes gritos.

—No esperaba yo tanta bondad —dijo a Cacambo— el cual replicó:

—Buena la hemos hecho, señor. Los que usted ha matado eran los amantes de estas dos señoritas.

—¡Amantes! ¿Cómo es posible? Cacambo, tú te estás burlando. ¿Cómo quieres que te crea?

—Amado señor —replicó Cacambo— usted de todo se asombra. ¿Por qué

extraña tanto que en algunos países sean los monos favorecidos de las damas, si son cuarterones de hombre, lo mismo que yo soy cuarterón de español?

—¡Ah! —repuso Cándido— bien me acuerdo haber oído decir a mi maestro Pangloss que antiguamente sucedían esos casos, y que de estas mezclas procedieron los egipanes, los faunos, los sátiros que vieron muchos principales personajes de la antigüedad; pero yo lo tenía por fábulas.

—Ya puede usted convencerse ahora —dijo Cacambo— de que son verdades, y ya ve cómo procede la gente que no ha tenido cierta educación; lo que me temo es que estas damas nos metan en algún atolladero.

Persuadido Cándido por tan sólidas reflexiones, se desvió de la pradera y se metió en una selva donde cenó con Cacambo; y después que hubieron ambos echado sendas maldiciones al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos Aires y al barón, se quedaron dormidos sobre la hierba. Al despertar sintieron que no se podían mover y era la causa que, por la noche, los orejones, moradores del país, a quienes los habían denunciado las dos damas, los habían atado con cuerdas hechas de cortezas de árboles. Los cercaban unos cincuenta orejones desnudos y armados con flechas, mazas y hachas de pedernal: unos hacían hervir un grandísimo caldero, otros aguzaban asadores, y todos clamaban:

—Un jesuita, un jesuita; ahora nos vengaremos y nos regalaremos; a comer jesuita, a comer jesuita.

—Bien se lo había dicho a usted —dijo con triste voz Cacambo— que las muchachas aquellas nos jugarían una mala pasada.

Cándido, mirando los asadores y el caldero, dijo:

—Sin duda que van a cocernos o asarnos. ¡Ah! ¿Qué diría el doctor Pangloss si viera lo que es la pura naturaleza? Todo está bien, enhorabuena; pero confesemos que es muy triste haber perdido a la señorita Cunegunda y ser ensartado en un asador por los orejones.

Cacambo, que nunca se alteraba por nada, dijo al desconsolado Cándido:

—No se aflija usted, que yo entiendo algo la jerga de estos pueblos y les voy a hablar.

—No dejes de recordarles —dijo Cándido— que es una atroz inhumanidad cocer a la gente en agua hirviendo, y muy poco cristiano.

—Señores —dijo alzando la voz Cacambo—: ustedes piensan que se van a comer a un jesuita, y fuera muy bien hecho, que no hay cosa más conforme a la justicia que tratar así a sus enemigos. Efectivamente, el derecho natural enseña a matar al prójimo, y así es costumbre en todo el mundo: nosotros no ejercitamos el derecho de comérnoslo porque tenemos otros manjares con que regalarnos; pero ustedes no están en el mismo caso, y más vale comerse a sus enemigos que abandonar a los cuervos y a las cornejas el fruto de la victoria: mas ustedes, señores, no se querrán comer a sus

amigos. Ustedes creen que van a ensartar a un jesuita en el asador, pero asarán al defensor de ustedes, al enemigo de sus enemigos. Yo he nacido en vuestro mismo país, este señor que estáis viendo es mi amo, y lejos de ser jesuita, acaba de matar a un jesuita y se ha traído los despojos: éste es el motivo de vuestro error. Para verificar lo que os digo, coged su sotana, llevadla a la primera barrera del reino de los Padres, e informaos si es cierto que mi amo ha matado a un jesuita. Poco tiempo será necesario, y luego nos podéis comer si averiguáis que es mentira; pero si os he dicho la verdad, harto bien sabéis los principios de derecho público, la moral y las leyes, para que no seamos absueltos.

Pareció justa la proposición a los orejones, y comisionaron a dos prohombres para que con la mayor presteza se informaran de la verdad: los diputados desempeñaron su comisión con mucha sagacidad, y volvieron con buenas noticias. Desataron, pues, los orejones a los dos presos, les hicieron mil agasajos, les dieron víveres y los condujeron hasta los confines de su Estado, gritando muy alegremente:

—No es jesuita, no es jesuita.

No se hartaba Cándido de admirar el motivo por que le habían puesto en libertad.

—¡Qué pueblo! —decía— ¡qué gente, qué costumbres! Si no hubiera tenido la fortuna de atravesar de una estocada de parte a parte al hermano de la señorita Cunegunda, me comían sin remisión. Verdad es que la naturaleza pura es buena, cuando en vez de comerme me han agasajado tanto estas gentes desde que supieron que no era yo jesuita.

Capítulo XVII
Llegada de Cándido con su sirviente a El Dorado y lo que vieron allí

Cuando estuvieron en la frontera de los orejones, dijo Cacambo a Cándido:

—Ya ve usted, que este hemisferio vale tan poco como el otro; créame, y volvámonos a Europa por el camino más corto.

—¿Cómo volver —respondió Cándido— y adónde ir? Si me vuelvo a mi país, los ávaros y los búlgaros arrasan todo a sangre y fuego; si a Portugal, me queman; si nos quedamos en este país, correremos peligro de que nos asen vivos. Y ¿cómo abandonar esta parte del mundo donde habita Cunegunda?

—Encaminémonos a Cayena —dijo Cacambo—; allí encontraremos franceses que andan por todo el mundo y que podrán auxiliarnos. Acaso Dios tenga misericordia de nosotros.

No era fácil ir a Cayena; bien sabían, poco más o menos, hacia qué parte se habían de dirigir; pero las montañas, los ríos, los precipicios, los salteadores y los salvajes eran obstáculos terribles. Los caballos se murieron de cansancio, las provisiones se acabaron y Cándido y Cacambo se mantuvieron por espacio de un mes con frutas silvestres. Al cabo llegaron a orillas de un riachuelo poblado de cocoteros, que les conservaron la vida y la esperanza. Cacambo, que era de tan buen consejo como la vieja, dijo a Cándido:

—Ya no podemos ir más tiempo a pie, sobrado hemos andado; una canoa vacía estoy viendo a la orilla del río, llenémosla de cocos, metámonos dentro y dejémonos llevar de la corriente; un río va a parar siempre a algún lugar habitado, y si no vemos cosas gratas, a lo menos veremos cosas nuevas.

—Vamos allá —dijo Cándido— y encomendémonos a la Providencia.

Navegaron por espacio de algunas leguas entre riberas, unas veces amenas, otras áridas, aquí llanas y allá escarpadas. El río iba continuamente ensanchando, y al cabo se perdió bajo una bóveda de atroces peñascos que casi llegaban al río. Tuvieron ambos caminantes la osadía de dejarse arrastrar por las olas debajo de esta bóveda, y el río, que en ese sitio se estrechaba, los llevó con horroroso estrépito y nunca vista velocidad. Al cabo de veinticuatro horas vieron de nuevo la luz; pero la canoa se hizo añicos en los escollos y tuvieron que andar a gatas de uno en otro peñasco una legua entera; finalmente avistaron un inmenso horizonte cercado de inaccesibles montañas. Todo el país estaba cultivado, no menos para recrear el gusto que para satisfacer las necesidades; en todas partes lo útil se unía con lo agradable; se veían los caminos reales cubiertos, o mejor dicho, ornados de carruajes de forma elegante y de luciente material, llevando mujeres y hombres de peregrina hermosura, y tirados rápidamente

por grandes carneros encarnados, más ligeros que los mejores caballos de Andalucía, Tetuán y Mequínez.

—Mejor tierra es ésta —dijo Cándido— que la Westfalia—; y se apeó con Cacambo en el primer pueblo que halló.

Algunos muchachos de la aldea, vestidos de tisú de oro hecho pedazos, estaban jugando al tejo a la entrada del lugar; nuestros dos hombres del viejo mundo se divertían en mirarlos. Eran los tejos unas piezas redondas muy anchas, amarillas, encarnadas y verdes, que lanzaban brillo singular: cogieron algunas y eran oro, esmeraldas, rubíes, de tanto valor, que el de menos precio hubiera sido la más rica joya del trono del Gran Mongol.

—Estos muchachos —dijo Cacambo— son sin duda los hijos del rey que están jugando al tejo.

En esto se asomó el maestro de primeras letras del lugar, y dijo a los muchachos que ya era hora de entrar en la escuela.

—Ése es —dijo Cándido— el preceptor de la familia real.

Los chicos del lugar abandonaron al punto el juego, y tiraron los tejos y cuanto para divertirse les había servido. Los cogió Cándido, y acercándose a todo correr al preceptor, se los presentó con mucha humildad, diciéndole por señas que sus Altezas Reales se habían dejado olvidado aquel oro y aquellas piedras preciosas. Se echó a reír el maestro, y los tiró al suelo; miró luego atentamente a Cándido, y siguió su camino.

Los caminantes se dieron prisa en coger el oro, los rubíes y las esmeraldas.

—¿Dónde estamos? —decía Cándido—; es necesario que los hijos del rey de este país hayan sido bien educados, pues les enseñan a no hacer caso del oro ni de las piedras preciosas.

No estaba Cacambo menos atónito que Cándido. Al fin llegaron a la primera casa del lugar, construida como un palacio de Europa; a la puerta había agolpada una muchedumbre de gente, de dentro se oía resonar una música melodiosa, y se respiraba un delicioso olor de manjares. Se arrimó Cacambo a la puerta y oyó hablar peruano, que era su lengua materna, pues ya sabe todo el mundo que Cacambo había nacido en Tucumán, en un pueblo donde no se conoce otro idioma.

—Yo le serviré a usted de intérprete —dijo a Cándido—; entremos, que éste es un mesón.

Al punto dos mozos y dos criadas del mesón, vestidos de tela de oro, y los cabellos prendidos con lazos de seda, los convidaron a que se sentaran a la mesa. Sirvieron en ella cuatro sopas con dos papagayos cada una, un cóndor cocido que pesaba doscientas libras, dos monos asados, de un sabor muy delicado, trescientos picaflores en un plato, y seiscientos pájaros mosca en otro, exquisitas frutas y pastelería deliciosa, todo en platos de cristal de roca; los mozos y sirvientas del

mesón escanciaban varios licores hechos con caña de azúcar.

Casi todos los comensales eran mercaderes y cocheros, de una imponderable urbanidad, que con la discreción más circunspecta hicieron a Cacambo algunas preguntas y respondieron a las de éste, dejándolo muy satisfecho con sus respuestas. Cuando se acabó la comida, Cacambo y Cándido creyeron que pagaban muy bien el gasto tirando en la mesa dos de aquellas grandes piezas de oro que habían cogido; pero soltaron la carcajada el huésped y la huéspeda, y no pudieron durante largo rato contener la risa: al fin se serenaron y el huésped les dijo:

—Bien vemos, señores, que son ustedes extranjeros; y como no estamos acostumbrados a ver ninguno, ustedes perdonen si nos hemos echado a reír cuando nos han querido pagar con las piedras de nuestros caminos reales. Sin duda usted no tiene moneda del país; pero tampoco se necesita para comer aquí, porque todas las posadas, establecidas para comodidad del comercio, las paga el gobierno. Aquí han comido ustedes mal, porque están en una pobre aldea; pero en las demás partes los recibirán como se merecen.

Explicaba Cacambo a Cándido todo cuanto decía el huésped, y lo escuchaba Cándido con tanto asombro y maravilla como Cacambo ponía en hablarle. ¿Qué país es éste, decían ambos, ignorado por los otros de la tierra, donde la naturaleza difiere tanto de la nuestra?

—Probablemente es el país donde todo está bien —añadía Cándido— que alguno ha de haber de esa especie; y, diga lo que quiera mi maestro Pangloss, muchas veces he advertido que todo andaba bastante mal en Westfalia.

Capítulo XVIII
Lo que vieron en El Dorado

Cacambo manifestó su curiosidad al huésped, y éste le dijo:

—Yo soy un ignorante, y no me arrepiento de serlo; pero en el pueblo tenemos a un anciano retirado de la corte, que es el hombre más docto del reino, y el más comunicativo.

Dicho esto, llevó a Cacambo a casa del anciano. Cándido, desempeñando un papel secundario, acompañaba a su criado. Entraron ambos en una casa sin pompa, porque las puertas no eran más que de plata y los techos de los aposentos de oro, pero estaban labrados con tan fino gusto, que los más ricos techos no eran superiores a ellos; la antesala sólo estaba incrustada de rubíes y esmeraldas, pero el orden con que todo estaba arreglado reparaba esta excesiva simplicidad.

Recibió el anciano a los dos extranjeros en un sofá de plumas de picaflor y les ofreció varios licores en vasos de diamante; luego satisfizo su curiosidad en estos términos:

—Yo tengo ciento sesenta y dos años, y mi difunto padre, caballerizo del rey, me contó las asombrosas revoluciones del Perú que él había presenciado. El reino donde estamos es la antigua patria de los Incas, que cometieron el disparate de abandonarla por ir a sojuzgar parte del mundo, y que al fin fueron destruidos por los españoles. Más prudentes fueron los príncipes de su familia que permanecieron en su patria y por consentimiento de la nación dispusieron que no saliera nunca ningún habitante de nuestro pequeño reino, por lo cual se ha mantenido intacta nuestra inocencia y felicidad. Los españoles han tenido una confusa idea de este país, que han llamado El Dorado, y un inglés, el caballero Raleigh, llegó aquí hace unos cien años; pero como estamos rodeados de peñascos inabordables y de precipicios, siempre hemos vivido exentos de la rapacidad de los europeos, que aman con furor inconcebible los pedruscos y el lodo de nuestra tierra y que, para apoderarse de ellos hubieran acabado con todos nosotros sin dejar uno vivo.

Fue larga la conversación, y se trató en ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mujeres, de los teatros y de las artes; finalmente, Cándido, que era muy aficionado a la metafísica, preguntó, por medio de Cacambo, si tenían religión los moradores.

Se sonrojó un poco el anciano y respondió:

—Pues ¿cómo lo dudáis? ¿Creéis que tan ingratos somos?

Preguntó Cacambo con mucha humildad qué religión era la de El Dorado. Otra vez se abochornó el anciano y le replicó:

—¿Acaso puede haber dos religiones? Nuestra religión es la de todo el mundo:

adoramos a Dios noche y día.

—¿Y no adoráis más que un solo Dios? —repuso Cacambo, sirviendo de intérprete a las dudas de Cándido.

—¡Como si hubiera dos o tres o cuatro! —dijo el anciano—. ¡Vaya, que las personas de vuestro mundo hacen preguntas muy raras!

No se hartaba Cándido de preguntar al buen viejo, y quería saber qué era lo que pedían a Dios en El Dorado.

—No le pedimos nada —dijo el respetable y buen sabio— y nada tenemos que pedirle, pues nos ha dado todo cuanto necesitamos; pero le tributamos sin cesar acción de gracias.

Cándido tuvo curiosidad de ver a los sacerdotes y preguntó dónde estaban; el venerable anciano le dijo sonriéndose:

—Amigo mío, aquí todos somos sacerdotes; el rey y todos los jefes de familia cantan todas las mañanas solemnes cánticos de acción de gracias, que acompañan cinco o seis músicos.

—¿No tenéis frailes que enseñen, disputen, gobiernen, enreden y quemen a los que no son de su parecer?

—Menester sería que estuviéramos locos —respondió el anciano—; aquí todos somos de un mismo parecer y no entendemos qué significan vuestros frailes.

Estaba Cándido como extático oyendo estas razones y decía para sí: «Muy distinto país es éste de Westfalia y del castillo del señor barón; si nuestro amigo Pangloss hubiera visto El Dorado, no diría que el castillo de Thunder-ten-tronckh era lo mejor que había en la tierra. Es necesario viajar».

Acabada esta larga conversación, hizo el buen anciano preparar un coche tirado por seis carneros, y dio a los dos caminantes doce de sus criados para que los llevaran a la corte.

—Perdonad —les dijo— si me priva mi edad de la honra de acompañaros; pero el rey os agasajará de modo que quedéis gustosos, y sin duda disculparéis las costumbres del país, si alguna de ellas os desagrada.

Montaron en coche Cándido y Cacambo; los seis carneros iban volando, y en menos de cuatro horas llegaron al palacio del rey, situado en un extremo de la capital. La puerta principal tenía doscientos veinte pies de alto y cien de ancho, y no es dable decir de qué materia era; harto se ve qué superioridad prodigiosa necesitaba tener sobre esos pedruscos y esa arena que nosotros llamamos oro y piedras preciosas.

Al apearse Cándido y Cacambo del coche, fueron recibidos por veinte hermosas doncellas de la guardia real, que los llevaron al baño y los vistieron con un ropaje de plumón de picaflor; luego los principales oficiales y oficialas de palacio los condujeron al aposento de Su Majestad, entre dos filas de mil músicos cada una. Cuando estuvieron cerca de la sala del trono, preguntó Cacambo a uno de los

oficiales principales cómo habían de saludar a Su Majestad, si hincados de rodillas o arrastrándose por el suelo; si habían de poner las manos en la cabeza o en el trasero; si habían de lamer el polvo de la sala; en resumen: cuáles eran las ceremonias.

—La práctica —dijo el oficial— es dar un abrazo al rey y besarle en ambas mejillas.

Se abalanzaron, pues, Cándido y Cacambo al cuello de Su Majestad, el cual correspondió con la mayor afabilidad, y los convidó cortésmente a cenar. Entre tanto les enseñaron la ciudad, los edificios públicos que escalaban las nubes, las plazas del mercado, ornadas de mil columnas, las fuentes de agua clara, las de agua rosada, las de licores de caña, que sin parar corrían en vastas plazas empedradas con una especie de piedras preciosas que esparcían un olor parecido al del clavo y la canela. Quiso Cándido ver la sala del crimen y el tribunal, y le dijeron que no los había, porque ninguno litigaba; se informó si había cárcel y le fue dicho que no; pero lo que más sorpresa y satisfacción le causó fue el palacio de las Ciencias, donde vio una galería de dos mil pasos, llena toda de instrumentos de física y matemáticas.

Habiendo recorrido aquella tarde como la milésima parte de la ciudad, los trajeron de vuelta a palacio. Cándido se sentó a la mesa entre Su Majestad, su criado Cacambo y muchas señoras, y no se puede ponderar la delicadeza de los manjares, ni los dichos agudos que de boca del monarca se oían. Cacambo le explicaba a Cándido las frases ingeniosas del rey, y, aunque traducidas, parecían siempre ingeniosas; de todo cuanto asombraba a Cándido, no fue esto lo que menos lo asombró.

Un mes estuvieron en este hospicio, y Cándido decía continuamente a Cacambo:

—Es cierto, amigo mío, que el castillo donde nací no puede compararse con el país donde estamos; pero la señorita Cunegunda no habita en él, y sin duda que a ti tampoco te falta en Europa una mujer que quieras. Si nos quedamos aquí seremos uno de tantos, pero si volvemos a nuestro mundo con sólo una docena de carneros cargados de piedras de El Dorado, seremos más ricos que todos los monarcas juntos, no tendremos que temer a los inquisidores, y con facilidad podremos recobrar a la señorita Cunegunda.

Este razonamiento plació a Cacambo: tal es la manía de correr mundo, de ser considerado entre los suyos, de hacer alarde de lo que ha visto uno en sus viajes, que los dos afortunados resolvieron dejar de serlo, y se despidieron de Su Majestad.

—Cometéis un disparate —les dijo el rey—. Bien sé que mi país vale poco; mas cuando se halla uno medianamente bien en un lugar debe quedarse en él. Yo no tengo, por cierto, derecho para detener a los extranjeros, tiranía tan opuesta a nuestra práctica como a nuestras leyes. Todo hombre es libre, y os podéis ir cuando queráis; pero es muy ardua empresa salir de este país: no es posible subir al raudo río por el cual habéis llegado milagrosamente, y que corre bajo bóvedas de peñascos: las montañas que cercan mis dominios tienen cuatro mil varas de altura, y son derechas

como torres; su anchura abarca un espacio de diez leguas, y no es posible bajarlas como no sea despeñándose. Pero si estáis resueltos a iros, voy a dar orden a los intendentes de máquinas para que hagan una que os transporte con comodidad; y cuando os hayan conducido al otro lado de las montañas, nadie os podrá acompañar, porque tienen hecho voto mis vasallos de no pasar nunca su recinto, y no son tan imprudentes que lo quebranten: en cuanto a lo demás, pedidme lo que más os acomode.

—No pedimos que Vuestra Majestad nos dé otra cosa —dijo Cacambo— que algunos carneros cargados de víveres, de piedras y barro del país.

Se rió el rey, y dijo:

—No sé qué pasión sienten los europeos por nuestro barro amarillo; pero llevaos todo el que podáis, y buen provecho os haga.

Inmediatamente dio orden a sus ingenieros de que hicieran una máquina para izar fuera del reino a estos dos hombres extraordinarios: tres mil buenos físicos trabajaron en ella, y se concluyó al cabo de quince días, sin costar arriba de cien millones de duros, moneda del país. Metieron en la máquina a Cándido y a Cacambo: dos carneros grandes encarnados tenían puesta la silla y el freno para que montasen en ellos así que hubiesen pasado los montes, y los seguían otros veinte cargados de víveres, treinta con preseas de las cosas más curiosas que en el país había y cincuenta con oro, diamantes y otras piedras preciosas. El rey dio un cariñoso abrazo a los dos vagabundos. Fue cosa de ver su partida, y el ingenioso modo con que los izaron a ellos y a sus carneros hasta la cumbre de las montañas. Habiéndolos dejado en paraje seguro, se despidieron de ellos los físicos, y Cándido no tuvo otro deseo ni otra idea que ir a presentar sus carneros a la señorita Cunegunda.

—Llevamos —decía— con qué pagar al gobernador de Buenos Aires, si es dable poner precio a mi Cunegunda; vamos a la isla de Cayena, embarquémonos y en seguida veremos qué reino podremos comprar.

Capítulo XIX
Lo que les ocurrió en Surinam y de cómo Cándido conoció a Martín

La primera jornada de nuestros dos caminantes fue bastante agradable, alentados por la idea de encontrarse posesores de mayores tesoros que cuantos en Asia, Europa y África se podían reunir. El enamorado Cándido grabó el nombre de Cunegunda en las cortezas de los árboles. En la segunda jornada se hundieron en pantanos dos carneros y perecieron con la carga que llevaban, otros dos se murieron de cansancio algunos días después; luego perecieron de hambre de siete a ocho en un desierto; de allí a algunos días se cayeron otros en unos precipicios; por fin, a los cien días de viaje no les quedaron más que dos carneros. Cándido dijo a Cacambo:

—Ya ves, amigo, qué deleznables son las riquezas de este mundo; nada hay sólido, como no sea la virtud y la dicha de ver nuevamente a la señorita Cunegunda.

—Lo confieso así —dijo Cacambo—; pero todavía tenemos dos carneros con más tesoros que cuantos podrá poseer el rey de España, y desde aquí diviso una ciudad que presumo ha de ser Surinam, colonia holandesa. Al término de nuestras miserias tocamos y al principio de nuestra ventura.

En las inmediaciones del pueblo encontraron a un negro tendido en el suelo, que no tenía más que la mitad de su vestido, esto es, unos calzoncillos de lienzo azul; al pobre le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha.

—¡Dios mío! —le dijo Cándido— ¿qué haces ahí, amigo, en la terrible situación en que te veo?

—Estoy aguardando a mi amo el señor de Vanderdendur, famoso negociante —respondió el negro.

—¿Ha sido, por ventura, el señor Vanderdendur quien tal te ha parado? —dijo Cándido.

—Sí, señor —respondió el negro—; así es de práctica: nos dan un par de calzoncillos de lienzo dos veces al año para que nos vistamos. Cuando trabajamos en los ingenios de azúcar y nos coge un dedo la piedra del molino, nos cortan la mano; cuando nos queremos escapar, nos cortan una pierna; yo me he visto en ambos casos, y a ese precio se come azúcar en Europa. Sin embargo, cuando mi madre me vendió en la costa de Guinea, por dos escudos patagones, me dijo: «Hijo mío, da gracias a nuestros fetiches y adóralos sin cesar para que vivas feliz; ya logras de ellos la gracia de ser esclavo de nuestros señores los blancos y de hacer afortunados a tu padre y a tu madre». Yo no sé, ¡ay!, si los he hecho afortunados; lo que sé es que ellos me han hecho muy desdichado, y que los perros, los monos y los papagayos lo son mil veces menos que nosotros. Los fetiches holandeses que me han convertido, dicen que los

blancos y los negros somos hijos de Adán. Yo no soy genealogista: pero si los predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos; y no es posible portarse de un modo más horroroso con sus propios parientes.

—¡Oh, Pangloss! —exclamó Cándido— esta abominación no la habías adivinado: se acabó, será fuerza que abjure de tu optimismo.

—¿Qué es el optimismo? —dijo Cacambo.

—¡Ah! —respondió Cándido— es la manía de sustentar que todo está bien cuando está uno muy mal.

Vertía lágrimas al decirlo, contemplando al negro, y entró llorando en Surinam.

Lo primero que preguntaron fue si había en el puerto algún navío que se pudiera fletar a Buenos Aires. El hombre a quien se lo preguntaron era justamente un patrón español, que se ofreció a negociar honradamente con ellos, y les dio cita en una hostería, adonde Cándido y Cacambo lo fueron a esperar con sus carneros.

Cándido, que llevaba siempre el corazón en las manos, contó todas sus aventuras al español y le confesó que quería raptar a la señorita Cunegunda.

—Ya me guardaré yo —le respondió aquél— de pasarlos a ustedes a Buenos Aires, porque sería irremisiblemente ahorcado, y ustedes ni más ni menos; la hermosa Cunegunda es la favorita de Monseñor.

Este dicho fue una puñalada en el corazón de Cándido; lloró amargamente, y después de su llanto, llamando aparte a Cacambo, le dijo:

—Escucha, querido amigo, lo que tienes que hacer: cada uno de nosotros lleva en el bolsillo uno o dos millones de pesos en diamantes, y tú eres más astuto que yo; vete a Buenos Aires en busca de Cunegunda. Si pone el gobernador alguna dificultad, dale cien mil duros; si no basta, dale doscientos mil: tú no has muerto a inquisidor ninguno y nadie te perseguirá. Yo fletaré otro navío y te iré a esperar a Venecia, que es país libre, donde no hay ni búlgaros, ni ávaros, ni judíos, ni inquisidores que temer.

Le pareció bien a Cacambo tan prudente determinación. Lo afligía separarse de un amo tan bueno; pero la satisfacción de servirle pudo más que el sentimiento de dejarle. Se abrazaron derramando muchas lágrimas, Cándido le encomendó que no se olvidara de la buena vieja, y Cacambo partió aquel mismo día; el tal Cacambo era un excelente individuo.

Se detuvo algún tiempo Cándido en Surinam, esperando a que hubiese otro patrón que lo llevase a Italia con los dos carneros que le habían quedado. Tomó criados para su servicio, y compró todo cuanto era necesario para un largo viaje; finalmente, se le presentó el señor Vanderdendur, armador de una gruesa embarcación.

—¿Cuánto pide usted —le preguntó— por llevarme directamente a Venecia, con mis criados, mi bagaje y los dos carneros que usted ve?

El patrón pidió diez mil duros y Cándido se los ofreció sin rebaja.

«Hola, hola!» dijo entre sí el prudente Vanderdendur. «¿Conque este extranjero da

diez mil duros sin regatear? Menester es que sea muy rico.»

Volvió de allí a un rato y dijo que no podía hacer el viaje por menos de veinte mil.

—Veinte mil le daré a usted —dijo Cándido.

«Toma» dijo en voz baja el mercader, «¿conque da veinte mil duros con la misma facilidad que diez mil?»

Otra vez volvió, y dijo que no lo podía llevar a Venecia si no le daba treinta mil duros.

—Pues treinta mil serán —respondió Cándido.

«¡Ah!, ¡ah!», murmuró el holandés; «treinta mil duros no le cuestan nada a este hombre; sin duda que en los dos carneros lleva inmensos tesoros; no insistamos más; hagamos que nos pague los treinta mil duros, y luego veremos.»

Vendió Cándido los diamantes, que el más chico valía más que todo cuanto dinero le había pedido el patrón, y le pagó adelantado. Estaban ya embarcados los dos carneros, y seguía Cándido de lejos en una lancha para ir al navío que estaba en la rada; el patrón se aprovecha de la ocasión, leva anclas y sesga el mar llevando el viento en popa. En breve lo pierde de vista Cándido, confuso y estupefacto.

—¡Ay! —exclamaba— esta picardía es digna del antiguo hemisferio.

Se vuelve a la playa anegado en su dolor, y habiendo perdido lo que bastaba para hacer ricos a veinte monarcas. Fuera de sí, se va a dar parte al juez holandés, y en el arrebato de su turbación llama muy recio a la puerta; entra, cuenta su cuita, y alza la voz algo más de lo que era regular. Lo primero que hizo el juez fue condenarle a pagar diez mil duros por la bulla que había metido: le oyó luego con mucha pachorra, le prometió que examinaría el asunto así que volviera el mercader, y exigió otros diez mil duros por los derechos de audiencia.

Esta conducta acabó de desesperar a Cándido; y aunque a la verdad había padecido otras desgracias mil veces más crueles, la calma del juez y del patrón que le había robado le exaltaron la cólera y le ocasionaron una negra melancolía. Se presentaba a su mente la maldad humana en toda su fealdad, y sólo pensamientos tristes revolvía. Por fin, estando dispuesto a salir para Burdeos un navío francés, y no quedándole carneros cargados de diamantes que embarcar, ajustó en lo que valía un camarote del navío, y mandó pregonar en la ciudad que pagaba el viaje, la manutención y daba dos mil duros a un hombre de bien que le quisiera acompañar, con la condición de que fuese el más descontento de su suerte y el más desdichado de la provincia.

Se presentó una cáfila tal de pretendientes, que no hubieran podido caber en una escuadra. Queriendo Cándido escoger los que mejor educados parecían, señaló hasta unos veinte que le parecieron más sociables, y todos pretendían que merecían la preferencia. Los reunió en su posada y los convidó a cenar, poniendo por condición que hiciese cada uno de ellos juramento de contar con sinceridad su propia historia, y

prometiendo escoger al que más digno de compasión y, a justo título, más descontento de su suerte le pareciese, y dar a los demás una gratificación. Duró la sesión hasta las cuatro de la madrugada; y al oír sus aventuras o desventuras se acordaba Cándido de lo que le había dicho la vieja cuando iban a Buenos Aires y de la apuesta que había hecho de que no había uno en el navío a quien no hubiesen acontecido gravísimas desdichas. A cada desgracia que contaban, pensaba en Pangloss y decía: el tal Pangloss apurado se había de ver para demostrar su sistema: yo quisiera que se hallase aquí. Es cierto que si todo está bien es en El Dorado, pero no en el resto del mundo. Finalmente, se determinó en favor de un hombre docto y pobre, que había trabajado diez años para los libreros de Ámsterdam. Cándido pensó que no había en el mundo otro oficio más lamentable.

Este sabio, que era hombre de muy buena pasta, había sido robado por su mujer, aporreado por su hijo, y su hija lo había abandonado para escaparse con un portugués. Le acababan de quitar un miserable empleo del cual vivía y lo perseguían los predicadores de Surinam porque lo tachaban de sociniano. Hase de confesar que los demás eran por lo menos tan desventurados como él; pero Cándido esperaba que con el sabio se aburriría menos en el viaje. Todos sus competidores se quejaron de la injusticia manifiesta de Cándido; mas éste los calmó repartiendo cien duros a cada uno.

Capítulo XX
De lo que sucedió a Cándido y a Martín en alta mar

Se embarcó, pues, para Burdeos con Cándido, el docto anciano, cuyo nombre era Martín. Ambos habían visto y habían padecido mucho; y aun cuando el navío hubiera ido de Surinam al Japón por el cabo de Buena Esperanza, no les hubiera en todo el viaje faltado materia para discurrir acerca del mal físico y el mal moral.

Verdad es que Cándido le sacaba muchas ventajas a Martín, porque éste no tenía cosa ninguna que esperar, y aquél llevaba la esperanza de ver nuevamente a la señorita Cunegunda y le quedaban oro y diamantes; de suerte que si bien había perdido cien carneros cargados de las mayores riquezas de la tierra, y le roía continuamente la bribonada del patrón holandés, cuando pensaba en lo que aún llevaba en su bolsillo, y hablaba de Cunegunda, sobre todo después de comer, se inclinaba hacia el sistema de Pangloss.

—Y usted, señor Martín —le dijo al sabio— ¿qué piensa de todo esto? ¿Qué opina del mal físico y el mal moral?

—Señor —respondió Martín— los clérigos me han acusado de ser sociniano; pero la verdad es que soy maniqueo.

—Usted se burla —replicó Cándido— ya no hay maniqueos en el mundo.

—Pues yo en el mundo estoy —dijo Martín— y no creo en otra cosa.

—Menester es que tenga usted el diablo en el cuerpo —repuso Cándido.

—Tanto se mezcla en los asuntos de este mundo —dijo Martín— que bien puede ser que esté en mi cuerpo lo mismo que en todas partes. Confieso que cuando tiendo la vista por este globo o glóbulo, se me figura que Dios lo ha dejado a disposición de un ser maléfico, exceptuando siempre a El Dorado. Aún no he visto un pueblo que no desee la ruina del pueblo vecino, ni una familia que no quiera exterminar otra familia. En todas partes los débiles execran a los poderosos y se postran a sus plantas, y los poderosos los tratan como rebaños, desollándolos y comiéndoselos. Un millón de asesinos en regimientos recorren Europa entera, saqueando y matando con disciplina, porque no saben oficio más honroso; en las ciudades que en apariencia disfrutan paz y en que florecen las artes, están roídos los hombres de más envidia, inquietudes y afanes que cuantas plagas padece una ciudad sitiada. Todavía son más crueles los pesares secretos que las miserias públicas; en resumen: he visto tanto y he padecido tanto, que soy maniqueo.

—Cosas buenas hay, no obstante —replicó Cándido.

—Podrá ser —decía Martín— mas no las conozco.

En esta disputa estaban cuando se oyeron descargas de artillería. De uno en otro instante crecía el estruendo y todos se armaron de un anteojo. Se veían como a

distancia de tres millas dos navíos que combatían, y los trajo el viento tan cerca del navío francés a uno y a otro, que tuvieron el gusto de mirar el combate muy a su sabor. Al cabo uno de los navíos descargó una andanada con tanto tino y acierto, y tan a flor de agua, que echó a pique a su contrario. Martín y Cándido distinguieron con mucha claridad la cubierta de la nave donde zozobraban unos cien hombres; todos alzaban las manos al cielo dando espantosos gritos; al momento fueron tragados por el mar.

—Vea usted —dijo Martín— pues así se tratan los hombres unos a otros.

—Verdad es —dijo Cándido— que anda aquí la mano del diablo.

Diciendo esto advirtió algo de un encarnado muy subido, que nadaba junto al navío; echaron la lancha para ver qué era, y resultó ser uno de sus carneros. Más se alegró Cándido por haber recobrado este carnero, que lo que había sentido la pérdida de los otros cien cargados con gruesos diamantes de El Dorado.

En breve reconoció el capitán del navío francés que el del navío sumergidor era español, y el del navío sumergido un pirata holandés, el mismo que había robado a Cándido. Con el pirata se hundieron en el mar las inmensas riquezas de que se había apoderado el infame y sólo se libertó un carnero.

—Ya ve usted —dijo Cándido a Martín— que a veces llevan los delitos su merecido: este pícaro holandés ha sufrido una pena digna de sus maldades.

—Está bien —dijo Martín— mas ¿por qué han muerto los pasajeros que venían en su navío?; Dios ha castigado al malo y el diablo ha ahogado a los buenos.

Seguían en tanto su ruta el navío francés y el español, y Cándido continuaba sus conversaciones con Martín. Quince días sin parar disputaron, y tan adelantados estaban el último día como el primero; pero hablaban, se comunicaban sus ideas y se consolaban. Cándido, pasando la mano por el lomo a su carnero, le decía:

—Si he podido hallarte a ti, también podré hallar a Cunegunda.

Capítulo XXI
De la plática que sostuvieron Cándido y Martín al acercarse a las costas de Francia

Se avistaron al fin las costas de Francia.

—¿Ha estado usted en Francia, señor Martín? —dijo Cándido.

—Sí, señor —respondió Martín— y he recorrido muchas provincias: en unas la mitad de los habitantes son locos, en otras, demasiado astutos; en éstas, bastante buenazos y bastante tontos; en aquéllas se dan de inteligentes. En todas la ocupación principal es el amor, murmurar la segunda, decir majaderías la tercera.

—¿Y conoce usted París, señor Martín?

—Conozco París; allí hay de todas clases, es un caos, un gentío donde todos anhelan placeres y casi nadie los halla, a lo menos según me ha parecido. Estuve poco tiempo; al llegar me robaron cuanto traía unos rateros en la feria de San Germán; luego me tomaron a mí por ladrón y me tuvieron ocho días en la cárcel, y al salir libre entré como corrector en una imprenta para ganar con qué volverme a pie a Holanda. He conocido la gentuza escritora, la gentuza enredadora y la gentuza religiosa. Dicen que hay algunas personas muy cultas en esa ciudad: quiero creerlo.

—Por mí no tengo ninguna curiosidad por ver Francia —dijo Cándido—; bien puede usted considerar que quien ha vivido un mes en El Dorado no se preocupa de ver nada en este mundo, como no sea la señorita Cunegunda. Voy a esperarla a Venecia y atravesaremos Francia para ir a Italia. ¿Me acompañará usted?

—Con mil amores —respondió Martín—; dicen que Venecia sólo es buena para los nobles venecianos, pero que agasajan mucho a los extranjeros que llevan dinero; yo no lo tengo, pero usted sí, y lo seguiré adondequiera que fuere.

—Hablando de otra cosa —dijo Cándido— ¿cree usted que la tierra haya sido antiguamente mar, como lo afirma ese libraco que pertenece al capitán del buque?

—No, por cierto —replicó Martín— ni tampoco los demás adefesios que nos quieren hacer tragar de un tiempo a esta parte.

—Pues ¿para qué piensa usted que fue creado el mundo? —continuó Cándido.

—Para hacernos rabiar —respondió Martín.

—¿No se asombra usted —siguió Cándido— del amor de dos muchachas del país de los orejones por los dos monos cuya aventura le conté?

—Muy lejos de eso —repuso Martín—; no veo que tenga nada de extraño esa pasión, y he visto tantas cosas extraordinarias, que nada me parece extraordinario.

—¿Cree usted —le dijo Cándido— que en todo tiempo se hayan degollado los hombres como hacen hoy, y que siempre hayan sido embusteros, aleves, pérfidos, ingratos, bribones, flacos, volubles, cobardes, envidiosos, glotones, borrachos,

codiciosos, ambiciosos, sanguinarios, calumniadores, disolutos, fanáticos, hipócritas y necios?

—¿Cree usted —replicó Martín— que los milanos[6] se hayan siempre engullido las palomas cuando han podido dar con ellas?

—Sin duda —dijo Cándido.

—Pues bien —continuó Martín— si los milanos siempre han tenido las mismas inclinaciones, ¿por qué quiere usted que las de los hombres hayan variado?

—¡Oh —dijo Cándido— eso es muy diferente, porque el libre albedrío...!

Así discurrían cuando arribaron a Burdeos.

Capítulo XXII
De lo que sucedió en Francia a Cándido y a Martín

No se detuvo Cándido en Burdeos más tiempo que el que le fue necesario para vender algunos pedruscos de El Dorado y comprar una buena silla de posta de dos asientos, porque no podía ya vivir sin su filósofo Martín. Lo único que sintió fue tenerse que separar de la Academia de Ciencias de Burdeos, la cual propuso por asunto del premio de aquel año determinar por qué la lana de aquel carnero era encarnada, y se le adjudicó a un sabio del Norte, que demostró por A más B, menos C dividido por Z, que era forzoso que aquel carnero fuera encarnado y que se muriera de la morriña.

Cuantos caminantes encontraba Cándido en los mesones le decían: «Vamos a París». Este general prurito le inspiró al fin deseos de ver esta capital, con lo cual no se desviaba mucho de Venecia. Entró por el arrabal de San Marcelo, y creyó que estaba en la más sucia aldea de Westfalia. Apenas llegó a la posada, le acometió una ligera enfermedad originada por sus fatigas; y como llevaba al dedo un enorme diamante, y habían advertido en su coche una caja muy pesada, al punto se le acercaron dos doctores médicos que no había mandado llamar, varios íntimos amigos que no se apartaban de él, y dos devotas que le hacían caldos. Decía Martín:

—Bien me acuerdo de haber estado yo malo en París, cuando mi primer viaje; pero era muy pobre: por eso no tuve amigos, ni devotas, ni médicos, y sané muy pronto.

A fuerza de sangrías, recetas y médicos, se agravó la enfermedad de Cándido. Un cura del barrio le ofreció, con mucha dulzura, una entrada para el otro mundo pagadera al portador. Cándido no la quiso. Las devotas le aseguraron que era una moda nueva. Cándido respondió que él no era hombre a la moda. Martín quiso tirar al cura por la ventana. El cura juró que no se enterraría a Cándido. Martín juró que enterraría al cura si éste continuaba importunándolos. La pelea subió de tono: Martín tomó al cura por los hombros y lo echó groseramente; por esto, que causó gran escándalo, se hizo un proceso verbal. Al fin sanó Cándido, y mientras estaba convaleciente, lo visitaron muchos sujetos de fino trato, que cenaban con él. Había juego fuerte y Cándido se asombraba de que nunca le venían buenos naipes; pero Martín no se asombraba.

Entre los que más concurrían a su casa había un abate que era de aquellos hombres diligentes, siempre listos para todo cuanto les mandan, serviciales, entremetidos, halagadores, descarados, buenos para todo, que atisbaban a los forasteros, les cuentan los sucesos más escandalosos de la ciudad y les ofrecen placeres a cualquier precio. Lo primero que hizo fue llevar a la Comedia a Martín y a Cándido. Representaban una tragedia nueva, y Cándido se encontró al lado de unos

cuantos hipercríticos, lo cual no le impidió llorar al ver algunas escenas representadas a la perfección. Uno de los hipercríticos que junto a él estaban, le dijo en un entreacto:

—Hace usted muy mal en llorar; esa actriz es malísima, y el que representa con ella es peor actor todavía y peor la tragedia que los actores; el autor no sabe palabra de árabe, y, sin embargo, la escena ocurre en Arabia; sin contar con que es hombre que no cree en las ideas innatas; mañana le traeré a usted veinte folletos contra él.

—Caballero, ¿cuántas composiciones dramáticas tienen ustedes en Francia? —dijo Cándido al abate; y éste respondió:

—Cinco o seis mil.

—Mucho es —dijo Cándido—; ¿y cuántas buenas hay?

—Quince o dieciséis —replicó el otro.

—Mucho es —dijo Martín.

Salió Cándido muy satisfecho con una cómica que hacía el papel de la reina Isabel de Inglaterra en una tragedia muy insulsa que algunas veces se representa.

—Mucho me gusta esta actriz —le dijo a Martín— porque se parece a la señorita Cunegunda; quisiera saludarla.

El abate le ofreció presentársela. Cándido, educado en Alemania, preguntó qué ceremonias se estilaban en Francia para tratar con las reinas de Inglaterra.

—Hay que distinguir —dijo el abate—: en las provincias las llevan a comer a los mesones, en París las respetan cuando son bonitas y las tiran al muladar después de muertas.

—¿Al muladar las reinas? —dijo Cándido.

—Verdad es —dijo Martín—; razón tiene el señor abate: en París estaba yo cuando la señora Mónica pasó, como dicen, a mejor vida, y le negaron lo que esta gente llama los honores de la sepultura, lo cual significa podrirse con toda la pobretería de la parroquia en un hediondo cementerio, y la enterraron sola en una esquina de la calle de Borgoña, lo cual le causó, sin duda, muchísima pesadumbre, porque era de natural muy noble.

—Acción de mala crianza fue, en efecto —dijo Cándido.

—¿Qué quiere usted —dijo Martín— si estas gentes son así? Imagínese usted todas las contradicciones y todas las incompatibilidades posibles, y las hallará reunidas en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias y en los espectáculos de esta extraña nación.

—¿Y es cierto que en París se ríe la gente de todo?

—Verdad es —dijo el abate—; pero se ríen rabiando; se lamentan de todo a carcajadas y riéndose cometen las más detestables acciones.

—¿Quién es —dijo Cándido— aquel marrano que tan mal hablaba de la tragedia que tanto me ha hecho llorar, y de los actores que tanto placer me han dado?

—Un malandrín —respondió el abate— que se gana la vida hablando mal de todas las composiciones dramáticas y de todos los libros que salen; que aborrece a todo aquel que es aplaudido, como aborrecen los eunucos a los que gozan; una sierpe de la literatura, que vive de ponzoña y cieno; un folletista.

—¿Qué llama usted folletista? —dijo Cándido.

—Un autor de folletos —dijo el abate— un Fréron.

Así discurrían Cándido, Martín y el abate en la escalera del Coliseo, mientras iba saliendo la gente, concluida la comedia.

—Aunque tengo muchos deseos de ver a la señorita Cunegunda —dijo Cándido— bien quisiera cenar con la primera actriz, la señorita Clairon, que me ha parecido un portento.

No era hombre el abate que tuviese entrada en casa de la señorita Clairon, que sólo recibía personas de calidad.

—Está ocupada esta noche —respondió—; pero tendré la honra de llevar a usted a casa de una señora muy distinguida, y conocerá a París como si hubiera vivido en él cuatro años.

Cándido, que naturalmente era amigo de saber, se dejó llevar a casa de tal señora, en San Honoré; estaban ocupados los tertulianos en jugar al faraón, y doce tristes jugadores tenían cada uno en la mano un juego de naipes, archivo cornudo de sus infortunios. Reinaba un profundo silencio, teñido estaba el semblante de los jugadores de una macilenta amarillez y se leía la zozobra en el del banquero; y la señora de la casa, sentada junto al despiadado banquero, anotaba con ojos de lince todos los párolis y todos los sietelevares con que doblaba cada jugador sus naipes, haciéndoselos desdoblar con un cuidado muy escrupuloso, pero con cortesía y sin enfadarse, por temor de perder sus parroquianos. Se hacía llamar la marquesa de Parolignac; su hija, una muchacha de quince años, era uno de los jugadores y con un guiñar de ojos advertía a su madre las trampas de los pobres jugadores, que procuraban enmendar los rigores de la suerte. Entraron el abate, Cándido y Martín, y nadie se levantó a darles las buenas noches ni los saludó, ni los miró siquiera; tan ocupados estaban todos en sus naipes. «Más cortés era la señora baronesa de Thunder-ten-tronckh», pensó Cándido.

Se acercó en esto el abate al oído de la marquesa, la cual se levantó a medias de la silla, honró a Cándido con una graciosa sonrisa y saludó a Martín con aire majestuoso; mandó luego que trajeran a Cándido asiento y una baraja, y éste perdió cincuenta mil francos en dos tallas. Cenaron luego con mucha jovialidad, y todos estaban atónitos de que Cándido no sintiese más lo que perdió. Los lacayos, en su idioma de lacayos, se decían unos a otros: «Preciso es que sea un noble inglés».

La cena se parecía a casi todas las cenas de París; primero mucho silencio, luego un estrépito de palabras que no se entendían, luego chistes, casi todos muy insulsos,

noticias falsas, malos razonamientos, algo de política y mucha murmuración; después hablaron de libros nuevos.

—¿Han leído ustedes —preguntó el abate— la novela del señor Gauchat, doctor en teología?

—Sí —respondió uno de los convidados— pero no he podido acabarla. Tenemos una multitud de obras insulsas, pero todas juntas no llegan a la del señor Gauchat, doctor en teología; estoy tan hastiado de la inmensidad de libros malos que nos inundan, que me he dedicado a jugar al faraón.

—¿Y qué me dice usted de las *Misceláneas* del arcediano Trublet? —dijo el abate.

—¡Valiente majadero! —dijo madama de Parolignac—. ¡Con qué minuciosidad dice lo que todo el mundo sabe! ¡Con qué pesadez discute lo que no merece indicarse someramente! ¡Con qué falta de ingenio se aprovecha del de los demás! Y ¡cómo echa a perder cuanto toca! ¡Cómo me fatiga! Pero ya nunca volverá a fatigarme. Me basta haber leído algunas páginas suyas.

Había en la mesa un hombre de fino gusto que asintió a cuanto decía la marquesa. Pasaron luego a tratar de teatros, y la dueña de casa preguntó por qué había ciertas tragedias que se representaban con frecuencia y que nadie podía leer. El hombre de fino gusto explicó con mucha claridad cómo podía interesar una tragedia que tuviera poquísimo mérito, probando con breves razones que no bastaba traer por los cabellos una o dos situaciones de aquellas que tan frecuentes son en las novelas y siempre embelesan a los oyentes, sino que es menester ser original sin ser extravagante, a menudo sublime y siempre natural; conocer el corazón humano y saber expresarlo; ser gran poeta, sin que parezca poeta ninguno de los personajes; saber con perfección su idioma, hablarlo con pureza y con armonía continua, sin sacrificar nunca el sentido a la rima. Todo aquel que no observara estas reglas, añadió, podrá componer una o dos tragedias que sean aplaudidas en el teatro, mas nunca sentará plaza de buen escritor. Poquísimas tragedias hay buenas: unas son idilios en diálogos bien escritos y bien versificados; otras, disertaciones de política que infunden sueño, o amplificaciones que cansan; otras, ensueños de energúmenos en estilo bárbaro, razones deshilvanadas, apóstrofes interminables a los dioses, porque no se sabe qué decir a los hombres, falsas máximas y ampulosos lugares comunes.

Escuchaba con mucha atención Cándido este razonamiento y se formó por él altísima idea del orador; y como la marquesa había tenido la atención de colocarle a su lado, se tomó la licencia de preguntarle al oído quién era un hombre que con tanta justedad hablaba.

—Es un docto —dijo la dama— que nunca juega y que me trae a cenar algunas veces el abate, que entiende perfectamente de tragedias y libros, y que ha compuesto una tragedia que silbaron, y un libro del cual un solo ejemplar que me dedicó ha

salido de la tienda de su librero.

—¡Qué varón tan eminente! —dijo Cándido— es otro Pangloss.

Y volviéndose hacia él, le dijo:

—¿Sin duda, caballero, que para usted todo está perfectamente en el mundo físico y en el moral y nada puede suceder de otra manera?

—¡Yo, caballero! —le respondió el docto— pienso lo contrario. Todo me parece que va al revés en nuestro país y que nadie sabe ni cuál es su estado ni cuál su cargo ni lo que hace, ni lo que debiera hacer, y que, excepto la cena, que es bastante jovial, y donde la gente está bastante acorde, todo el resto del tiempo se consume en impertinentes contiendas de jansenistas con molinistas, de parlamentarios con eclesiásticos, de literatos con literatos, de Palaciegos con Palaciegos, de financieros con el pueblo, de mujeres con maridos y de parientes con parientes; es una guerra interminable.

Replicó Cándido:

—Cosas peores he visto yo; pero un sabio que después tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseñó que todas esas cosas son un dechado de perfecciones; son las sombras de una hermosa pintura.

—Ese ahorcado se reía de la gente —dijo Martín— y esas sombras son manchas horrorosas.

—Los hombres son los que echan esas manchas —dijo Cándido— y no pueden menos.

—¿Conque no es culpa de ellos? —replicó Martín.

Bebían en tanto la mayor parte de los jugadores, que no entendían una palabra de la materia; Martín discurría con el hombre docto y Cándido contaba parte de sus aventuras al ama de casa.

Después de cenar llevó la marquesa a su gabinete a Cándido y lo sentó en un canapé.

—¿Conque está usted enamorado perdido de la señorita Cunegunda, de Thunder-ten-tronckh?

—Sí señora —respondió Cándido.

Le replicó la marquesa con una tierna sonrisa:

—Usted responde como un mozo de Westfalia; un francés me hubiera dicho: «Verdad es, señora, que he querido a la señorita Cunegunda; pero cuando la miro a usted me temo no quererla».

—Yo, señora —dijo Cándido— responderé como usted quiera.

—La pasión de usted —dijo la marquesa— empezó alzando un pañuelo, y yo quiero que usted alce mi liga.

—Con toda mi alma —dijo Cándido— y la levantó del suelo.

—Ahora quiero que me la ponga —continuó la dama, y Cándido se la puso.

—Mire usted —repuso la dama— usted es extranjero; a mis amantes de París los hago yo penar a veces quince días seguidos, pero a usted me rindo desde la primera noche porque es menester tratar cortésmente a un buen mozo de Westfalia.

La hermosa había reparado en dos diamantes enormes de dos sortijas de su joven extranjero, y tanto se los alabó, que de los dedos de Cándido pasaron a los de la marquesa.

Al volver Cándido a su casa con el abate, sintió algunos remordimientos por haber cometido una infidelidad a la señorita Cunegunda, y el señor abate tomó en parte su sentimiento, porque le había cabido una muy pequeña parte en los diez mil duros perdidos por Cándido en el juego y en el valor de los dos brillantes medio dados y medio estafados, y era su ánimo aprovecharse todo cuanto pudiera de lo que el trato de Cándido le podía valer. Le hablaba sin cesar de Cunegunda, y Cándido le dijo que cuando la viera en Venecia le pediría perdón de la infidelidad que acababa de cometer.

Cada día estaba el abate más cortés y más atento, interesándole todo cuanto decía Cándido, todo cuanto hacía y cuanto quería hacer.

—¿Conque tiene usted una cita en Venecia? —le dijo.

—Sí, señor abate —respondió Cándido—, tengo urgencia de reunirme con la señorita Cunegunda.

Llevado entonces del gusto de hablar de su amada, le contó, como era su costumbre, parte de sus venturas con esta ilustre westfaliana.

—Bien creo —dijo el abate— que esa señorita tiene mucho talento, y escribe muy bonitas cartas.

—Nunca me ha escrito —dijo Cándido—; figúrese usted que cuando me echaron del castillo por amor a ella, no le pude escribir; después la creí muerta, después me la encontré, y la volví a perder, y le he despachado un mensajero a dos mil y quinientas leguas de aquí, que aguardo con su respuesta.

Lo escuchó con mucha atención el abate, pareció algo pensativo y se despidió luego de ambos extranjeros, abrazándolos tiernamente. Al otro día, antes de levantarse de la cama, dieron a Cándido la esquela siguiente: «Muy señor mío y querido amante: Ocho días hace que estoy mala en esta ciudad, y acabo de saber que se encuentra usted en ella. Hubiera ido volando a echarme en sus brazos si me pudiera mover. He sabido que había usted pasado por Burdeos, donde se ha quedado el fiel Cacambo y la vieja, que llegarán muy en breve. El gobernador de Buenos Aires se ha quedado con todo cuanto Cacambo llevaba; pero el corazón de usted me queda. Venga usted a verme; su presencia me dará la vida o hará que me muera de placer».

Una carta tan tierna y tan inesperada, puso a Cándido en una indecible alegría, pero la enfermedad de su amada Cunegunda le traspasaba de dolor. Fluctuante entre estos dos sentimientos, agarra a puñados el oro y los diamantes y hace que lo lleven

con Martín a la posada donde estaba Cunegunda alojada; entra temblando, con la ternura latiéndole el corazón y el habla interrumpida con sollozos; quiere descorrer las cortinas de la cama y manda que traigan luz.

—No haga usted tal —le dijo la criada— la luz le hace mal—; y volvió a correr la cortina.

—Amada Cunegunda —dijo llorando Cándido— ¿cómo te hallas?

—No puede hablar —dijo la criada.

Entonces la enferma sacó fuera de la cama una mano muy suave que bañó Cándido un largo rato con lágrimas, y que luego llenó de diamantes, dejando un saco de oro encima del taburete.

En medio de sus arrebatos aparece un alguacil acompañado del abate y de seis corchetes.

—¿Conque éstos son —dijo— los dos extranjeros sospechosos?— y mandó de inmediato que los ataran y los llevaran a la cárcel.

—No tratan de esta manera en El Dorado a los extranjeros —dijo Cándido.

—Más maniqueo soy que nunca —replicó Martín.

—Pero, señor, ¿adónde nos lleva usted? —dijo Cándido.

—A un calabozo, respondió el alguacil.

Martín, que se había recobrado del primer sobresalto, sospechó que la señora que se decía Cunegunda era una bribona, el señor abate un bribón que había abusado de Cándido, y el alguacil otro bribón de quien no era difícil desprenderse. Por no exponerse a tener que lidiar con la justicia, y con la impaciencia que tenía de ver a la verdadera Cunegunda, Cándido, por consejo de Martín, ofreció al alguacil tres diamantillos de tres mil duros cada uno.

—¡Ah!, señor —le dijo el alguacil— aunque hubiere usted cometido todos los delitos imaginables, sería el hombre más honrado del mundo. ¡Tres diamantes de tres mil duros cada uno! La vida perdería yo por usted, antes que enviarlo a un calabozo. Todos los extranjeros son arrestados, pero déjelo de mi cuenta, que yo tengo un hermano en Dieppe, en la Normandía, y lo llevaré allá, y si tiene usted algunos diamantes que darle, le tratará como yo.

—¿Y por qué arrestan a todos los extranjeros? —dijo Cándido.

El abate, tomando entonces la palabra, respondió:

—Porque un miserable andrajoso del país de Atrebacia, que había oído decir disparates, ha cometido un parricidio, no como el del mes de mayo de 1610, sino como el del mes de diciembre de 1594, y como otros muchos cometidos otros años y otros meses por andrajosos que habían oído decir disparates.

Entonces explicó el alguacil lo que había dicho el abate.

—¡Qué monstruos! —exclamó Cándido—. ¿Cómo se cometen tamañas atrocidades en un pueblo que canta y baila? ¿Cuándo saldré yo de este país donde los

monos irritan a los tigres? En mi país he visto osos; sólo en El Dorado he visto hombres. En nombre de Dios, señor alguacil, lléveme usted a Venecia, donde aguardo a la señorita Cunegunda.

—Donde yo puedo llevar a usted es a Normandía —dijo el cabo de ronda. Le hizo luego quitar los grillos, dijo que se había equivocado, despidió a sus corchetes, y se llevó a Cándido y a Martín a Dieppe, entregándolos a su hermano. Había un buque holandés pequeño en la rada, y el normando, que con el cebo de otros tres diamantes era el más servicial de los mortales, embarcó a Cándido y a su acompañante en el tal navío, que iba a dar a la vela para Portsmouth en Inglaterra. No era el camino de Venecia; pero Cándido creyó que salía del infierno, y estaba resuelto a dirigirse a Venecia cuando se le presentase la ocasión.

Capítulo XXIII
Llegada de Cándido y Martín a las costas de Inglaterra. Lo que allí vieron

—¡Ah, Pangloss, Pangloss! ¡Ah, Martín, Martín! ¡Ah, mi querida Cunegunda! ¡Lo que es este mundo! —decía Cándido en el navío holandés.

—Cosa muy desatinada y muy abominable —respondió Martín.

—Usted ha estado en Inglaterra: ¿son tan locos como en Francia?

—Es locura de otra especie —dijo Martín—; ya sabe usted que ambas naciones están en guerra por algunas aranzadas de nieve en el Canadá, y por tan discreta guerra gastan mucho más que lo que vale todo el Canadá. Decir a usted a punto fijo en cuál de los dos países hay más locos de atar, mis cortas luces no alcanzan; lo que sí sé es que en el país que vamos a ver son locos atrabiliarios.[7]

Diciendo esto abordaron Portsmouth; la orilla del mar estaba cubierta de gente que miraba con atención a un hombre gordo, hincado de rodillas y vendados los ojos, en la cubierta de uno de los navíos de la escuadra. Cuatro soldados, apostados frente a él, le tiraron cada uno tres balas en el cráneo con el mayor sosiego, y toda la asamblea se fue muy satisfecha.

—¿Qué quiere decir esto? —dijo Cándido—. ¿Qué perverso demonio reina en todas partes?

Preguntó quién era aquel hombre gordo que acababan de matar con tanta solemnidad.

—Un almirante —le dijeron.

—¿Y por qué han muerto a ese almirante?

—Porque no ha hecho matar bastante gente; ha dado batalla a un almirante francés y han considerado que no estaba bastante cerca del enemigo.

—Pues el almirante francés tan lejos estaba del inglés como éste del francés —replicó Cándido.

—Sin duda —le dijeron—; pero en esta tierra es conveniente matar de cuando en cuando a algún almirante para dar más ánimo a los otros.

Tanto se irritó y se asombró Cándido con lo que oía y veía, que no quiso siquiera poner pie en tierra, y arregló trato con el patrón holandés, a riesgo de que lo robara como el de Surinam, para que lo condujera sin más tardanza a Venecia. Al cabo de dos días estuvo listo el patrón. Bordearon Francia, pasaron a vista de Lisboa y se estremeció Cándido; desembocaron por el Estrecho y en el Mediterráneo, y finalmente llegaron a Venecia.

—Bendito sea Dios —dijo Cándido dando un abrazo a Martín— que aquí veré a la hermosa Cunegunda. Con Cacambo cuento igual que con mí mismo. Todo está

bien, todo va bien, todo va lo mejor posible.

Capítulo XXIV
Que trata de fray Hilarión y de Paquita

Cuando llegó a Venecia, hizo buscar a Cacambo en todas las posadas, en todos los cafés y en casa de todas las mozas de vida alegre; pero no le fue posible dar con él. Todos los días iba a informarse de todos los navíos y barcos y nadie sabía de Cacambo.

—¡Conque he tenido yo tiempo —le decía a Martín— para pasar de Surinam a Burdeos, para ir de Burdeos a París, de París a Dieppe, de Dieppe a Portsmouth, para costear Portugal y España, para atravesar todo el Mediterráneo y pasar algunos meses en Venecia, y aún no ha llegado la hermosa Cunegunda, y en su lugar he topado con una buscona y un abate! Sin duda ha muerto Cunegunda y a mí no me queda más remedio que morir. ¡Ah, cuánto más me hubiera valido quedarme en aquel paraíso terrenal de El Dorado, que volver a esta maldita Europa! Razón tiene usted, amado Martín, todo es ilusión y calamidad.

Lo acometió una negra melancolía y no fue ni a la ópera *alla moda*, ni a las demás diversiones del carnaval, ni hubo dama que le causara la más leve tentación. Le dijo Martín:

—Qué sencillo es usted si se figura que un criado mestizo, que lleva cinco o seis millones en la faltriquera, irá a buscar a su amada al fin del mundo para traérsela a Venecia; la guardará para sí, si la encuentra, y, si no, tomará otra; aconsejo a usted que olvide a Cacambo y a Cunegunda.

Martín no era hombre que daba consuelos. Crecía la melancolía de Cándido, y Martín no se hartaba de probarle que eran muy raras la virtud y la felicidad sobre la tierra, excepto acaso en El Dorado, donde nadie podía entrar.

Sobre esta importante materia disputaban, esperando a Cunegunda, cuando reparó Cándido en un joven fraile teatino[8] que se paseaba por la plaza de San Marcos, llevando del brazo a una moza. El teatino era robusto, fuerte y de buenos colores, los ojos brillantes, la cabeza erguida, el continente reposado y el paso sereno; la moza, que era muy linda, iba cantando y miraba con enamorados ojos a su teatino, y de cuando en cuando le pellizcaba las mejillas.

—Me confesará a lo menos —dijo Cándido a Martín— que estos dos son dichosos. Excepto en El Dorado, no he encontrado hasta ahora en el mundo habitable más que desventurados; pero apuesto a que esa moza y ese fraile son felicísimas criaturas.

—Yo apuesto a que no —dijo Martín.

—Convidémoslos a comer —dijo Cándido— y veremos si me equivoco.

Se acercó a ellos, les hizo una reverencia y los convidó a su posada a comer

macarrones, perdices de Lombardía, huevos de sollo, y a beber vino de Montepulciano, Lacrima Christi, Chipre y Samos. Se sonrojó la mozuela; aceptó el teatino el convite, y le siguió la muchacha mirando a Cándido pasmada y confusa, y vertiendo algunas lágrimas. Apenas entró la mozuela en el aposento de Cándido, le dijo:

—Pues qué, ¿ya no conoce el Cándido a Paquita?

Cándido, que oyó estas palabras, y que hasta entonces no la había mirado con atención, porque sólo en Cunegunda pensaba, le dijo:

—¡Ah, pobre chica! ¿Conque tú eres la que puso al doctor Pangloss en el lindo estado en que lo vi?

—¡Ay, señor!, soy yo en persona —dijo Paquita—; ya veo que está usted informado de todo. Supe las horribles desgracias que sucedieron a la señora baronesa y a la hermosa Cunegunda, y le juro a usted que no ha sido menos adversa mi estrella. Cuando usted me vio era yo una inocente, y un capuchino, que era mi confesor, me engañó con mucha facilidad; las resultas fueron horribles, y me vi precisada a salir del castillo, poco después que le echó a usted el señor barón a patadas en el trasero. Si no hubiera tenido lástima de mí un médico famoso, me hubiera muerto; por agradecérselo, fui poco después la querida del tal médico, y su mujer, endiablada de celos, me aporreaba sin misericordia todos los días. Era ella una furia; él, el más feo de los hombres, y yo, la más desventurada de las mujeres, aporreada sin cesar por un hombre a quien no podía ver. Bien sabe usted, señor, los peligros que corre una mujer desapacible que se ha casado con un médico: aburrido el mío de los rompimientos de cabeza que le daba su mujer, un día, para curarla de un resfriado, le administró un remedio tan eficaz que murió en dos horas, presa de horrendas convulsiones. Los parientes de la difunta formaron causa criminal al doctor, el cual se escapó, y a mí me metieron en la cárcel; y si no hubiera sido algo bonita, no me hubiera salvado mi inocencia. El juez me declaró libre, con la condición de ser el sucesor del médico, y muy en breve me sustituyó por otra; me despidió sin darme un cuarto, y tuve que proseguir en este abominable oficio que a vosotros los hombres os parece tan gustoso y que para nosotras es un piélago de desventuras. Vine a ejercitar mi profesión a Venecia. ¡Ah, señor, si se figurara usted qué cosa tan inaguantable es halagar sin diferencia al negociante viejo, al letrado, al gondolero y al abate; estar expuesta a tanto insulto, a tantos malos tratamientos; verse a cada paso obligada a pedir prestada una falda para hacérsela remangar por un hombre asqueroso; robada por éste de lo que ha ganado con aquél, estafada por los alguaciles y sin tener otra perspectiva que una horrible vejez, un hospital y un muladar, confesaría que soy la más desgraciada criatura de este mundo!

Así descubría Paquita su corazón al buen Cándido, en su gabinete, en presencia de Martín, quien dijo:

—Ya llevo ganada, como usted ve, la mitad de la apuesta.

Se había quedado fray Hilarión en el comedor, bebiendo un trago mientras servían la comida. Cándido le dijo a Paquita:

—Pero si parecías tan alegre y tan contenta cuando te encontré; si cantabas y halagabas al teatino con tanta naturalidad, que te tuve por tan feliz, ¿cómo dices que eres desdichada?

—¡Ah, señor —respondió Paquita— ésa es otra de las lacras de nuestro oficio! Ayer me robó y me aporreó un oficial, y hoy tengo que fingir que estoy alegre para agradar a un fraile.

No quiso Cándido oír más, y confesó que Martín tenía razón. Se sentaron luego a la mesa con Paquita y el teatino; fue bastante alegre la comida, y de sobremesa hablaron con alguna confianza. Le dijo Cándido al fraile:

—Me parece, padre, que disfruta vuestra reverencia de una suerte envidiable. En su semblante brilla la salud y la robustez, su fisonomía indica el bienestar, tiene una muy linda moza para su recreo y me parece muy satisfecho con su hábito de teatino.

—¡Por Dios santo, caballero —respondió fray Hilarión—, que quisiera que todos los teatinos estuvieran en el fondo del mar y que mil veces me han dado tentaciones de pegar fuego al convento y de hacerme turco! Cuando tenía quince años, mis padres, por dejar más caudal a un maldito hermano mayor (condenado sea), me obligaron a tomar este execrable hábito. El convento es un nido de celos, de rencillas y de desesperación. Verdad es que por algunas misiones de cuaresma que he predicado me han dado algunos cuartos, que la mitad me ha robado el padre guardián; el resto me sirve para mantener mozas; pero cuando por la noche entro en mi celda me dan ganas de romperme la cabeza contra las paredes, y lo mismo sucede a todos los demás religiosos.

Volviéndose entonces Martín a Cándido, con su acostumbrada impasibilidad, le dijo:

—¿Qué tal? ¿He ganado o no la apuesta?

Cándido regaló dos mil duros a Paquita y mil a fray Hilarión.

—Confío —dijo— que con este dinero serán felices.

—No lo creo —dijo Martín— con esos miles los hará usted más infelices todavía.

—Sea lo que fuere —dijo Cándido— un consuelo tengo, y es que a veces encuentra uno gentes que creía no encontrar nunca; y muy bien podrá suceder que después de haber topado con mi carnero encarnado y con Paquita, me halle un día de manos a boca con Cunegunda.

—Mucho deseo —dijo Martín— que sea para la mayor felicidad de usted; pero lo dudo.

—Es usted escéptico —replicó Cándido.

—Porque he vivido —dijo Martín.

—Pues ¿no ve usted esos gondoleros —dijo Cándido— que no cesan de cantar?

—Pero no los ve usted en su casa con sus mujeres y sus chiquillos —repuso Martín—. Sus pesadumbres tiene el Dux, y los gondoleros las suyas. Verdad es que, pesándolo todo, más feliz suerte que la del Dux es la del gondolero; pero es tan poca la diferencia, que no merece la pena de un detenido examen.

—Me han hablado —dijo Cándido— del señor Pococurante, que vive en ese suntuoso palacio situado sobre el Brenta, y que agasaja mucho a los forasteros, y dicen que es un hombre que nunca ha sabido qué cosa es tener pesadumbre.

—Mucho me diera por ver un ente tan raro —dijo Martín.

Sin más dilación mandó Cándido a pedir licencia al señor Pococurante[9] para hacerle una visita al día siguiente.

Capítulo XXV
Visita al señor Pococurante, noble veneciano

Se embarcaron Cándido y Martín en una góndola y fueron por el Brenta al palacio del noble Pococurante. Los jardines eran amenos y ornados con hermosas estatuas de mármol, el palacio de una bella arquitectura y el dueño un hombre como de sesenta años y muy rico. Recibió a los dos curiosos forasteros con urbanidad, pero sin mucho cumplimiento, cosa que intimidó a Cándido y no le pareció mal a Martín.

Al instante dos muchachas bonitas y muy aseadas sirvieron chocolate: Cándido no pudo menos de elogiar sus gracias y su hermosura.

—No son malas chicas —dijo el senador—; algunas veces mando que duerman conmigo, porque estoy aburrido de las señoras del pueblo, de sus coqueterías, sus celos, sus contiendas, su mal genio, sus pequeñeces, su orgullo, sus tonterías, y más aún de los sonetos que tiene uno que hacer o mandar hacer en elogio suyo; mas con todo ya empiezan a fastidiarme estas muchachas.

Después de almorzar se fueron a pasear a una espaciosa galería, y Cándido, asombrado de la hermosura de las pinturas, preguntó de qué maestro eran las dos primeras.

—Son de Rafael —dijo el senador— y las compré muy caras por vanidad algunos años ha; dicen que son las más hermosas que tiene Italia, pero a mí no me gustan; los colores son muy oscuros, las figuras no están bien perfiladas, ni tienen bastante relieve; los ropajes no se parecen en nada al paño; y en una palabra, digan lo que quisieran, yo no alcanzo a ver aquí una feliz imitación de la naturaleza, y no daré mi aprobación a un cuadro hasta que me parezca ver en él a la propia naturaleza; mas no los hay de esta especie. Yo tengo muchos, pero ya no los miro.

Pococurante, antes de comer, mandó que dieran un concierto; la música le pareció deliciosa a Cándido.

—Bien puede este estruendo —dijo Pococurante— divertir media hora, pero cuando dura más, a todo el mundo cansa, aunque nadie se atreve a confesarlo. La música del día no es otra cosa que el arte de ejecutar cosas dificultosas, y lo que sólo es difícil no gusta mucho tiempo. Más me agradaría la ópera, si no hubieran descubierto el secreto de convertirla en un monstruo que me repugna. Vaya quien quisiere ver malas tragedias en música, cuyas escenas no paran en más que en traer dos o tres ridículas coplas donde luce sus gorjeos una cantarina; saboréese otro en oír a un castrado tararear el papel de César o Catón, pasearse torpemente por las tablas; yo, por mí, muchos años hace que no veo semejantes majaderías de que tanto se ufana hoy Italia y que tan caras pagan los soberanos extranjeros.

Cándido contradijo un poco, pero con prudencia, y Martín fue enteramente del

parecer del senador.

Se sentaron a la mesa, y después de una opípara comida entraron en la biblioteca. Cándido, que vio un Homero magníficamente encuadernado, alabó mucho el fino gusto de Su Ilustrísima.

—Éste es el libro —dijo— que hacía las delicias de Pangloss, el mejor filósofo de Alemania.

—Pues no hace las mías —dijo con mucha frialdad Pococurante—; en otro tiempo me hicieron creer que sentía placer en leerlo, pero esa constante repetición de batallas que todas son parecidas, esos dioses siempre en acción, y que nunca hacen nada decisivo; esa Elena, causa de la guerra, y que apenas tiene acción en el poema; esa Troya siempre sitiada, y nunca tomada; todo esto me causaba fastidio mortal. Algunas veces he preguntado a varios hombres doctos si les aburría esta lectura tanto como a mí, y todos los que hablaban sinceramente me han confesado que se les caía el libro de las manos, pero que era indispensable tenerlo en su biblioteca como un monumento de la antigüedad o como una medalla enmohecida que no es materia de comercio.

—No piensa así Su Excelencia de Virgilio —dijo Cándido.

—Convengo —dijo Pococurante— en que el segundo, el cuarto y el sexto libro de su Eneida son excelentes; mas por lo que hace a su piadoso Eneas, al fuerte Cloanto, al amigo Acates, al niño Ascanio, al tonto del rey Latino, a la zafia Amata y a la insulsa Lavinia, creo que no hay cosa más fría ni más desagradable, y más me gusta el Tasso y los cuentos, para arrullar criaturas, del Ariosto.

—¿Me hará Su Excelencia el gusto de decirme —repuso Cándido— si no le causa gran placer la lectura de Horacio?

—Máximas hay en él —dijo Pococurante— que pueden ser útiles a un hombre de mundo, y que reducidas a enérgicos versos se graban con facilidad en la memoria; pero no me interesa su viaje a Brindis, ni su descripción de una mala comida, ni la disputa, digna de unos ganapanes, entre no sé qué Pupilo cuyas razones, dice, estaban llenas de pus, y las de su contrincante llenas de vinagre. He leído con asco sus groseros versos contra viejas y hechiceras, y no veo qué mérito tiene decir a su amigo Mecenas que si lo pone en la categoría de los poetas líricos, tocará los astros con su erguida frente. A los tontos todo les maravilla en un autor apreciado; pero yo, que leo para mí, sólo apruebo lo que me gusta.

Cándido, que le habían enseñado a no juzgar nada por sí mismo, estaba muy atónito con todo cuanto oía, y a Martín le parecía el modo de pensar de Pococurante muy conforme a la razón.

—¡Ah! Aquí hay un Cicerón —dijo Cándido—; sin duda no se cansa Su Excelencia de leerlo.

—Nunca lo creo —respondió el veneciano—. ¿Qué me importa que haya

defendido a Rabirio o a Cluencio? Sobrados pleitos tengo yo sin esos que fallar. Más me hubieran agradado sus obras filosóficas; pero cuando he visto que de todo dudaba, he inferido que lo mismo sabía yo que él, y que para ser ignorante no precisaba de nadie.

—¡Hola! ¡Ochenta tomos de la Academia de Ciencias! Algo bueno podrá haber en ellos —exclamó Martín.

—Sí que lo habría —dijo Pococurante— si uno de los autores de ese fárrago hubiese inventado siquiera el arte de hacer alfileres; pero en todos esos libros no se hallan más que sistemas vanos y ninguna cosa útil.

—¡Cuántas composiciones estoy viendo —dijo Cándido— en italiano, en castellano y en francés!

—Es verdad —dijo el senador—; de tres mil pasan y no hay treinta buenas. En cuanto a esas recopilaciones de sermones, que todos juntos no equivalen a una página de Séneca, estos librotes de teología, ya presumirán ustedes que no los abro nunca, ni yo ni nadie.

Reparó Martín en unos estantes cargados de libros ingleses.

—Creo —dijo— que un republicano se complacerá con la mayor parte de estas obras con tanta libertad escritas.

—Sí —respondió Pococurante— bella cosa es escribir lo que se siente, que es la prerrogativa del hombre. En nuestra Italia sólo se escribe lo que no se siente, y los moradores de la patria de los Césares y los Antoninos no se atreven a concebir una idea sin la venia de un dominico. Mucho me contentaría la libertad que inspira a los ingenios ingleses, si no estragaran la pasión y el espíritu de partido cuantas dotes apreciables aquélla tiene.

Reparando Cándido en un Milton, le preguntó si tenía por un hombre sublime a este autor.

—¿A quién? —dijo Pococurante—. ¿A ese bárbaro que en diez libros de duros versos ha hecho un prolijo comentario del Génesis? ¿A ese zafio imitador de los griegos, que desfigura la creación, y mientras que Moisés pinta al Ser Eterno creando el mundo por su palabra, hace que el Mesías coja en un armario del cielo un inmenso compás para trazar su obra? ¡Yo estimar a quien ha echado a perder el infierno y el diablo del Tasso, a quien disfraza a Lucifer, unas veces de sapo, otras de pigmeo, le hace repetir cien veces el mismo discurso y disputar sobre teología; a quien imitando seriamente la cómica invención de las armas de fuego de Ariosto, representa a los diablos tirando cañonazos en el cielo! Ni yo ni nadie en Italia ha podido gustar de todas esas tristes extravagancias. Las Bodas del pecado y de la muerte, y las culebras que pare el pecado, hacen vomitar a todo hombre de gusto algo delicado, y su prolija descripción de un hospital, sólo para un enterrador es buena. Este poema oscuro, estrambótico y repugnante fue despreciado en su cuna, y yo le trato hoy como le

trataron en su patria sus contemporáneos. Por lo demás, digo lo que pienso sin curarme de si los demás piensan como yo.

Cándido estaba muy afligido con estas razones, porque respetaba a Homero y no le desagradaba Milton.

—¡Ay! —dijo en voz baja a Martín— mucho me temo que profese este hombre un profundo desprecio por nuestros poetas alemanes.

—Poco inconveniente sería —replicó Martín.

—¡Oh, qué hombre tan superior —decía entre dientes Cándido— qué genio tan divino este Pococurante! Nada le agrada.

Después de pasar revista a todos los libros, bajaron al jardín, y Cándido alabó mucho sus preciosidades.

—No hay cosa de peor gusto —dijo Pococurante—; aquí no tenemos otra cosa que fruslerías; bien es verdad que mañana voy a disponer que planten otro de un estilo más noble.

Se despidieron, en fin, ambos de su excelencia, y al volverse a su casa, dijo Cándido a Martín:

—Confiese usted que el señor Pococurante es el más feliz de los humanos, porque es un hombre superior a todo cuanto tiene.

—Pues ¿no considera usted —dijo Martín— que está aburrido de todo cuanto tiene? Mucho tiempo ha que dijo Platón que no son los mejores estómagos los que vomitan todos los alimentos.

—Pero ¿no es un gusto —respondió Cándido— criticarlo todo, y hallar defectos donde los demás sólo perfecciones encuentran?

—Eso es lo mismo —replicó Martín— que decir que da mucho placer no sentir placer.

—Según eso —dijo Cándido— no hay otro hombre más feliz que yo cuando vea de nuevo a la señorita Cunegunda.

—Buena cosa es la esperanza —respondió Martín.

Corrían en tanto los días y las semanas, y Cacambo no aparecía, y estaba Cándido tan sumido en su pesadumbre, que ni siquiera notó que no habían venido a darle las gracias fray Hilarión y Paquita.

Capítulo XXVI
De cómo Cándido y Martín cenaron con unos extranjeros y quiénes eran éstos

Un día, yendo Cándido y Martín a sentarse a la mesa con los forasteros alojados en su misma posada, se acercó por detrás al primero uno que tenía la cara de color de hollín de chimenea, y, agarrándolo del brazo, le dijo:

—Dispóngase usted a venir con nosotros y no se descuide.

Vuelve Cándido el rostro y reconoce a Cacambo; sólo la vista de Cacambo podía causarle tanta extrañeza y contento. Poco le faltó para volverse loco de alegría; y dando mil abrazos a su caro amigo, le dijo:

—¿Conque sin duda está contigo Cunegunda? ¿Dónde está? Llévame a verla y a morir de gozo a sus plantas.

—Cunegunda no está aquí —dijo Cacambo—; está en Constantinopla.

—¡Dios mío, en Constantinopla! Pero aunque estuviera en la China, voy allá volando: vamos.

—Después de cenar nos iremos —respondió Cacambo—; soy esclavo y me está esperando mi amo, y así es menester que le vaya a servir a la mesa; no diga usted una palabra; cene y esté preparado.

Preocupado Cándido de júbilo y sentimiento, gozoso por haber vuelto a ver a su fiel agente, atónito de verlo esclavo, rebosando de la alegría de encontrar a su amada, palpitándole el pecho y vacilante su razón, se sentó a la mesa con Martín, el cual, sin inmutarse, contemplaba todas estas aventuras, y con otros seis extranjeros que habían venido a pasar el carnaval a Venecia.

Cacambo, que era el copero de uno de los extranjeros, arrimándose a su amo, al fin de la comida, le dijo al oído:

—Vuestra Majestad puede irse cuando quiera: el buque está pronto —y se fue.

Atónitos, los convidados se miraban sin chistar, cuando llegándose otro sirviente a su amo, le dijo:

—Señor, el coche de Vuestra Majestad está en Padua y el barco listo.

El amo hizo una seña, y se fue el criado. Otra vez se miraron a la cara los convidados y creció el asombro. Arrimándose luego el tercer criado a otro extranjero, le dijo:

—Señor, créame Vuestra Majestad que no se debe detener más aquí; yo voy a disponerlo todo —y desapareció.

Entonces no dudaron Cándido ni Martín de que era mojiganga de carnaval. El cuarto criado dijo al cuarto amo:

—Vuestra Majestad se podrá ir cuando quiera —y se fue lo mismo que los demás.

Otro tanto dijo el criado quinto al amo; pero el sexto se explicó de muy diferente modo con el sexto forastero, que estaba al lado de Cándido, y le dijo:

—A fe, señor, que nadie quiere fiar un ochavo a Vuestra Majestad, ni a mí tampoco, y que esta misma noche pudiera ser muy bien que nos metieran en la cárcel, y así voy a ponerme a salvo: quédese con Dios Vuestra Majestad.

Habiéndose marchado todos los criados, se quedaron en silencio Cándido, Martín y los seis forasteros. Lo rompió al fin Cándido, diciendo:

—Cierto, señores, que es donosa la burla; ¿por qué todos ustedes son reyes? Yo por mí declaro que ni el señor Martín ni yo lo somos.

Respondiendo entonces con mucha dignidad el amo de Cacambo, dijo en italiano:

—Yo no soy un bufón; mi nombre es Acmet III; he sido gran sultán por espacio de muchos años; había destronado a mi hermano, y mi sobrino me ha destronado a mí; a mis visires les han cortado la cabeza y yo acabo mis días en el viejo serrallo. Mi sobrino, el gran sultán Mahamud, me da licencia para viajar de cuando en cuando para restablecer mi salud, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Después de Acmet habló un mancebo que junto a él estaba, y dijo:

—Yo me llamo Iván, he sido emperador de Rusia, y destronado en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encarcelados, y a mí me criaron en una cárcel. Algunas veces me dan licencia para viajar en compañía de mis guardianes, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dijo luego el tercero:

—Yo soy Carlos Eduardo, rey de Inglaterra, habiéndome cedido mi padre sus derechos a la corona. He peleado por sustentarlos; a ochocientos partidarios míos les han arrancado el corazón y les han sacudido con él en la cara: a mí me han tenido preso, y ahora voy a ver al rey mi padre a Roma, el cual ha sido destronado, así como mi abuelo, y así como yo, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló entonces el cuarto, y dijo:

—Yo soy rey de los polacos; la suerte de la guerra me ha privado de mis Estados hereditarios; los mismos contratiempos ha sufrido mi padre; me resigno a los decretos de la Providencia, como hacen el sultán Acmet, el emperador Iván, y el rey Carlos Eduardo, que Dios guarde dilatados años, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dijo después el quinto:

—También yo soy rey de los polacos, y dos veces he perdido mi reino; pero la Providencia me ha dado otro Estado, en el cual he hecho más bienes que cuantos han podido hacer en las riberas del Vístula todos los reyes de la Samarcia juntos; también me resigno a los designios de la Providencia, y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Habló por último el sexto monarca, y dijo:

—Caballeros, yo no soy tan gran señor como ustedes, mas al cabo rey he sido

como el más pintado; mi nombre es Teodoro; fui electo rey en Córcega, me llamaban Majestad, y ahora apenas se dignan decirme Monseñor: he hecho acuñar moneda y no tengo un maravedí; tenía dos secretarios de Estado, y apenas me queda un lacayo; me he visto en un trono y he estado mucho tiempo en Londres en una cárcel acostado sobre paja, y recelo que me suceda aquí lo mismo, aunque he venido, como Vuestras Majestades, a pasar el carnaval a Venecia.

Escucharon con magnánima compasión los otros cinco monarcas este razonamiento, y dio cada uno veinte cequíes al rey Teodoro para que comprara vestidos y ropa blanca. Cándido le regaló un brillante de dos mil cequíes. «¿Quién es este particular» dijeron los cinco reyes «que puede hacer una dádiva cien veces más cuantiosa que cualquiera de nosotros, y que efectivamente la hace?»

Al levantarse de la mesa, llegaron a la misma posada cuatro Altezas Serenísimas, que también habían perdido sus Estados por la suerte de la guerra, y que venían a pasar el carnaval a Venecia; pero no se informó siquiera Cándido de las aventuras de los recién venidos, no pensando sino en ir a buscar a su amada Cunegunda a Constantinopla.

Capítulo XXVII
Del viaje de Cándido a Constantinopla

Ya el fiel Cacambo había concertado con el capitán turco, que había de llevar a Constantinopla al sultán Acmet, que recibiera a bordo a Cándido y a Martín, y ambos se embarcaron, habiéndose prosternado el primero ante su miserable Alteza. Cándido, en el camino, decía a Martín:

—¡Conque hemos cenado con seis reyes destronados, y, de los seis, a uno he tenido que darle una limosna! Acaso hay otros muchos príncipes más desgraciados. Yo, a la verdad, no he perdido más que cien carneros y voy a descansar de mis fatigas en brazos de Cunegunda. Razón tenía Pangloss, amado Martín, todo está bien.

—Sea enhorabuena —dijo Martín.

—Increíble aventura es, empero —continuó Cándido— la que en Venecia nos ha sucedido; porque nunca se ha visto ni oído cosa tal: en la misma posada seis monarcas destronados.

—No es eso más extraordinario —replicó Martín— que otras muchas cosas que nos han sucedido. Con frecuencia ocurre que un rey sea destronado; y por lo que respecta a la honra que hemos tenido de cenar con ellos es una friolera que ni siquiera merece mentarse.

Apenas estaba Cándido en el navío, se arrojó en brazos de su antiguo criado y amigo Cacambo.

—¿Y qué hace Cunegunda? —le dijo—. ¿Es todavía un portento de beldad? ¿Me quiere aún? ¿Cómo está? Sin duda que le has comprado un palacio en Constantinopla.

—Señor mi amo —le respondió Cacambo— Cunegunda está fregando platos a orillas del Propóntide, en casa de un príncipe que tiene poquísimos platos, porque es esclava de un antiguo soberano llamado Ragotski, a quien da el Gran Turco tres duros diarios en un asilo; y lo peor es que ha perdido su hermosura y que está atrozmente fea.

—¡Ay!, fea o hermosa —dijo Cándido— yo soy hombre de bien, y mi obligación es quererla siempre. Pero ¿cómo se puede encontrar en tan miserable estado con el millón de duros que tú le llevaste?

—Bueno está eso —respondió Cacambo—; ¿pues no tuve que dar doscientos mil al señor don Fernando de Ibarra Figueroa Mascareñas Lampurdos y Souza, gobernador de Buenos Aires, para obtener el permiso de traer a Cunegunda? ¿Y no nos ha robado un pirata todo cuanto nos había quedado? ¿No nos ha conducido dicho pirata al cabo de Matapán, a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petri, a los Dardanelos, a Mármara y a Escútari? Cunegunda y la vieja están sirviendo al príncipe y yo soy

esclavo del sultán destronado.

—¡Cuán espantosas calamidades! —dijo Cándido—. Sin embargo, aún me quedan algunos diamantes, y con facilidad rescataré a Cunegunda. ¡Lástima que esté tan fea!

Volviéndose luego a Martín, le dijo:

—¿Quién piensa usted que es más digno de compasión, el sultán Acmet, el emperador Iván, el rey Carlos Eduardo o yo?

—No lo sé —dijo Martín— y menester fuera hallarme dentro del pecho de ustedes para saberlo.

—¡Ah! —dijo Cándido— si estuviera aquí Pangloss, él lo sabría, y nos lo diría.

—Yo no poseo —respondió Martín— la balanza con que pesaba ese señor Pangloss las miserias y valuaba las cuitas humanas; mas presumo que hay en la tierra millones de hombres más dignos de lástima que el rey Carlos Eduardo, el emperador Iván y el sultán Acmet.

—Bien puede ser —dijo Cándido.

Pocos días después llegaron al canal del Mar Negro. Cándido rescató a precio muy subido a Cacambo, y sin perder un instante se metió con sus compañeros en una galera para ir a orillas del Propóntido en demanda de Cunegunda, por más fea que estuviese.

Había entre la chusma dos galeotes que remaban muy mal, y a quienes el arráez levantino aplicaba de cuando en cuando sendos latigazos en las espaldas con el rebenque. Por un movimiento natural los miró Cándido con más atención que a los demás forzados, arrimándose a ellos con lástima; y en algunos rasgos de sus caras desfiguradas creyó reconocer cierto parecido con Pangloss y con el desventurado jesuita, el barón, hermano de Cunegunda. Enternecido y movido a compasión con esta idea, los contempló con mayor atención, y dijo a Cacambo:

—Por mi vida que si no hubiera visto ahorcar al maestro Pangloss, y no hubiera tenido la desgracia de matar al barón, creería que son esos que van remando en la galera.

Oyendo los nombres del barón y de Pangloss, dieron un agudo grito ambos galeotes, se pararon en el banco, y dejaron caer los remos. Al punto se lanzó sobre ellos el arráez, menudeando los latigazos con el rebenque.

—Deténgase, deténgase, señor —exclamó Cándido— que le daré el dinero que me pidiere.

—¿Conque es Cándido? —decía uno de los forzados.

—¿Conque es Cándido? —repetía el otro.

—¿Es sueño? —decía Cándido—; ¿estoy en esta galera? ¿Estoy despierto? ¿Es el señor barón a quien yo maté? ¿Es el maestro Pangloss a quien vi ahorcar?

—Nosotros somos, nosotros somos —respondían a la par.

—¿Conque éste es aquel insigne filósofo? —decía Martín.

—¡Ah!, señor arráez levantino, ¿cuánto quiere por el rescate del señor barón de Thunder-ten-tronckh, uno de los primeros barones del imperio, y del señor Pangloss, el metafísico más profundo de Alemania?

—Perro cristiano —respondió el arráez— ya que esos dos perros de galeotes cristianos son barones y metafísicos, lo cual es, sin duda, un cargo muy alto en su país, me has de dar por ellos cincuenta mil cequíes.

—Yo se los daré, señor; lléveme de un vuelo a Constantinopla, y al punto será satisfecho; pero no, lléveme a casa de la señorita Cunegunda.

El arráez, así que oyó la oferta de Cándido, puso la proa a la ciudad e hizo que remaran con más ligereza que un pájaro sesga el aire.

Dio Cándido cien abrazos a Pangloss y al barón.

—Pues ¿cómo no he matado a usted, mi amado barón? Y usted, mi amado Pangloss, ¿cómo está vivo habiendo sido ahorcado? ¿Y por qué están ambos en galeras en Turquía?

—¿Es cierto que mi querida hermana se encuentra en esta tierra? —dijo el barón.

—Sí, señor —respondió Cacambo.

—Al fin vuelvo a ver a mi querido Cándido —exclamaba Pangloss.

Cándido le presentaba a Martín y a Cacambo: todos se abrazaban, todos hablaban a la par; bogaba la galera y estaban ya dentro del puerto. Llamaron a un judío, a quien vendió Cándido por cincuenta mil cequíes un diamante que valía cien mil, y el judío le juró por Abrahán que no podía dar un ochavo más. En el acto pagó el rescate del barón y Pangloss: éste se arrojó a las plantas de su libertador, bañándolas en lágrimas; aquél le dio las gracias bajando la cabeza, y le prometió pagarle su dinero así que tuviese con qué.

—Pero ¿es posible —decía— que esté en Turquía mi hermana?

—Tan posible —replicó Cacambo— que está fregando platos en casa de un príncipe de Transilvania.

Llamaron al punto a otros judíos, vendió Cándido otros diamantes y partieron todos en otra galera para ir a librar a Cunegunda.

Capítulo XXVIII
De lo que sucedió a Cándido, Cunegunda, Pangloss, Martín, etc.

—Mil perdones pido a usted —dijo Cándido al barón— mil perdones, padre reverendísimo, de haberlo traspasado de una estocada.

—No tratemos más de eso —dijo el barón—; yo confieso que me excedí un poco. Pero una vez que desea usted saber cómo me he visto en galeras, le contaré que después que me hubo sanado de mi herida el hermano boticario del colegio, me acometió y me hizo prisionero una partida española, y me pusieron en la cárcel de Buenos Aires cuando acababa mi hermana de embarcarse para Europa. Pedí que me enviaran a Roma al padre general, y me nombraron para ir a Constantinopla de capellán de la embajada de Francia. Hacía apenas ocho días que estaba desempeñando las obligaciones de mi empleo, cuando encontré una noche a un joven oficial del sultán, muy lindo; y como hacía mucho calor quiso el mozo bañarse, y yo también me metí con él en el baño, no sabiendo que era delito capital en un cristiano que le hallaran desnudo con un mancebo musulmán. Un cadí me mandó dar cien palos en la planta de los pies, y me condenó a galeras; y pienso que jamás se ha cometido injusticia más horrorosa. Ahora querría saber por qué se halla mi hermana de fregona de un príncipe de Transilvania refugiado en Turquía.

—Y usted, mi amado Pangloss, ¿cómo es posible que lo vuelva a ver?

—Verdad es —dijo Pangloss— que me viste ahorcar; iban a quemarme, pero ya te acuerdas que llovía a chaparrones cuando me habían de echar a la hoguera, y que no fue posible encender el fuego; así que me ahorcaron sencillamente: y un cirujano, que compró mi cuerpo, me llevó a su casa, y me disecó; primero me hizo una incisión crucial desde el ombligo hasta la clavícula. Yo estaba muy mal ahorcado: el ejecutor de las sentencias de la Santa Inquisición, que era subdiácono, quemaba las personas con la mayor habilidad, pero no tenía práctica en materia de ahorcar: la soga, que estaba mojada, apretó poco; en fin, todavía estaba vivo. La incisión crucial me hizo dar un grito tan desaforado, que el cirujano, atemorizado, se cayó de espaldas; y creyendo que estaba disecando a Lucifer se escapó muerto de miedo, y volvió a caer escalera abajo. Al estrépito acudió su mujer de un cuarto inmediato, y viéndome tendido en la mesa, con la incisión crucial, se asustó más que su marido, y cayó encima de él. Cuando volvieron en sí, oí que decía la cirujana a su marido: «¿Quién te metió a disecar a un hereje? ¿Acaso no sabes que todos ellos tienen metido el diablo en el cuerpo? Me voy corriendo a llamar a un clérigo que lo exorcice». Asustado con estas palabras junté las pocas fuerzas que me quedaban, y me puse a gritar: «¡Tengan lástima de mí!». Al fin cobró ánimo el barbero portugués, me dio

unos cuantos puntos en la incisión, su mujer me cuidó y al cabo de quince días estaba ya bueno. El barbero me acomodó de lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia; pero, no teniendo mi amo con qué mantenerme, me puse a servir a un mercader veneciano, y lo acompañé a Constantinopla.

»Se me ocurrió un día la idea de entrar en una mezquita, donde no había más que un imán viejo y una joven beata muy bonita, que rezaba sus padrenuestros; tenía descubiertos los pechos y entre las dos tetas un ramillete muy hermoso de tulipanes, rosas, anémonas, ranúnculos, jacintos y aurículas. Se le cayó el ramillete, y yo lo cogí, y se lo puse con tanta cortesía como respeto. Tanto tardaba en ponérselo, que se enfadó el imán; y advirtiendo que era yo cristiano, llamó gente. Me llevaron a casa del cadí, que me mandó dar cien varazos en los pies y me envió a galeras, amarrándome justamente en la misma galera y al mismo banco que el señor barón. En ella había cuatro mozos de Marsella, cinco clérigos napolitanos, y dos frailes de Corfú, que nos aseguraron que casi todos los días sucedían aventuras como las nuestras. Pretendía el señor barón que le habían hecho más injusticia que a mí, y yo defendía que mucho más permitido era volver a poner un ramillete al pecho de una moza que ser hallado desnudo con un icoglán; disputábamos continuamente y nos sacudían cien latigazos al día con la penca, cuando te condujo a nuestra galera la cadena de los sucesos de este universo, y nos rescataste.

—Y, pues, amado Pangloss —le dijo Cándido— cuando se vio usted ahorcado, disecado, molido a palos y remando en galeras, ¿pensaba que todo iba perfectamente?

—Siempre me estoy en mis trece —respondió Pangloss—; que al fin soy filósofo, y un filósofo no se ha de desdecir, porque no se puede engañar Leibniz, aparte que la armonía preestablecida es la cosa más bella del mundo, no menos que el lleno y la materia sutil.

Capítulo XXIX
De cómo encontró Cándido a Cunegunda y a la vieja

Mientras se contaban sus aventuras Cándido, el barón, Pangloss, Martín y Cacambo; mientras discurrían acerca de los sucesos contingentes o no contingentes de este mundo, disputaban sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que puede recibir quien está en galeras en Turquía, llegaron a las playas de la Propóntida, junto a la morada del príncipe de Transilvania. Lo primero que se les presentó fue Cunegunda y la vieja, que estaban tendiendo al sol unas servilletas. Al ver esta escena, se puso amarillo el barón, y el tierno y enamorado Cándido, contemplando a Cunegunda ennegrecida, los ojos legañosos, enjutos los pechos, la cara arrugada y los brazos amoratados, retrocedió tres pasos y luego avanzó con buena crianza. Abrazó Cunegunda a Cándido y a su hermano, todos abrazaron a la vieja, y Cándido las rescató a ambas.

Había una granjita en las inmediaciones, y propuso la vieja a Cándido que la comprase, hasta que toda la compañía hallara mejor acomodo. Cunegunda, que no sabía que estaba fea, no habiéndoselo dicho nadie, recordó sus promesas a Cándido en tono tan resuelto, que no se atrevió el pobre a replicar. Declaró, pues, al barón, que se iba a casar con su hermana; pero éste dijo:

—Nunca consentiré yo semejante vileza de su parte, y tamaña osadía de la tuya, ni nunca me podrán echar en cara tal ignominia. ¿Conque los hijos de mi hermana no podrán entrar en los cabildos de Alemania? No, mi hermana no se ha de casar como no sea con un barón del imperio.

Cunegunda se postró a sus plantas y las bañó en llanto; pero fue en balde.

—¡Insensato y fatuo —le dijo Cándido— te he librado de galeras, he pagado tu rescate y el de tu hermana, que estaba fregando platos y que es fea; soy tan bueno que quiero que sea mi mujer, y todavía quieres tú estorbármelo! Si me dejara llevar de la ira te mataría por segunda vez.

—Otras ciento me puedes matar —respondió el barón— pero no te has de casar con mi hermana mientras yo viva.

Capítulo XXX
Conclusión

En el fondo de su corazón, no tenía Cándido ganas ningunas de casarse con Cunegunda; pero la mucha insolencia del barón lo determinó a acelerar las bodas, sin contar que Cunegunda insistía tanto, que no las podía dilatar más. Consultó, pues, a Pangloss, a Martín y al fiel Cacambo. Pangloss compuso una erudita memoria probando que no tenía el barón derecho ninguno sobre su hermana, y que según todas las leyes del imperio podía Cunegunda casarse con Cándido dándole la mano izquierda; Martín fue de parecer de que tiraran al barón al mar, y Cacambo de que lo entregaran al arráez levantino, el cual lo volvería a poner a remar en la galera; luego lo enviarían al padre general por la primera embarcación que diese a la vela para Roma. Pareció bien esta idea; aprobó la vieja, y sin decir palabra a Cunegunda se puso en ejecución mediante algún dinero, teniendo así la satisfacción de engañar a un jesuita y escarmentar la vanidad de un barón alemán.

Cosa natural era pensar que después de tantas desgracias, Cándido, casado con su amada, viviendo en compañía del filósofo Pangloss, del filósofo Martín, del prudente Cacambo y de la vieja, y habiendo traído tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, disfrutaría la vida más feliz; pero tanto lo estafaron los judíos, que no le quedaron más bienes que su pobre granjita. Su mujer, que cada día era más fea, se hizo desapacible e inaguantable, y la vieja cayó enferma, y era más regañona todavía que Cunegunda. Cacambo, que cavaba el huerto y llevaba a vender las hortalizas a Constantinopla, estaba rendido de faena y maldecía su suerte. Pangloss se desesperaba porque no lucía su saber en alguna Universidad de Alemania; sólo Martín, firmemente convencido de que en todas partes el hombre se encuentra mal, llevaba las cosas con paciencia. Algunas veces disputaban Cándido, Martín y Pangloss sobre metafísica y moral. Por las ventanas de la granjita se veían pasar con mucha frecuencia barcos cargados de efendis, bajaes y cadíes que iban desterrados a Lemnos, Mitilene y Erzerum, y llegar otros bajaes y otros efendis, que ocupaban el lugar de los depuestos y que lo eran ellos luego; y se veían cabezas rellenas adecuadamente con paja que se llevaban de regalo a la Sublime Puerta. Estas escenas daban materia a nuevas disertaciones, y cuando no disputaban se aburrían tanto, que la vieja se aventuró a decirles un día:

—Quisiera yo saber qué es peor, ¿ser violada cien veces al día por piratas negros, verse cortar una nalga, pasar por baquetas entre los búlgaros, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en galeras, y finalmente padecer cuantas desventuras hemos pasado, o estar aquí sin hacer nada?

—Ardua es la cuestión —dijo Cándido.

Suscitó este razonamiento nuevas reflexiones, y coligió Martín que el destino del hombre era vivir en las convulsiones de la angustia o en el letargo del tedio; Cándido no se lo concedía, pero no afirmaba nada; Pangloss confesaba que toda su vida había sido una serie de horrorosos infortunios; pero como una vez había sustentado que todo estaba perfecto, seguía sustentándolo sin creerlo. Lo que acabó de cimentar los detestables principios de Martín, de hacer titubear más que nunca a Cándido y de poner en confusión a Pangloss, fue que un día vieron llegar a la granjita a Paquita y a fray Hilarión en la más horrenda miseria. En breve tiempo se habían comido los tres mil duros, se habían dejado, vuelto a juntar y vuelto a reñir, habían sido puestos en la cárcel, se habían escapado, y finalmente fray Hilarión se había hecho turco. Paquita seguía ejerciendo su oficio, pero ya no ganaba con él para comer.

—Bien había yo pronosticado —dijo Martín a Cándido— que en breve disiparían las dádivas de usted, y serían más miserables. Usted y Cacambo han rebosado en millones de pesos y no son más afortunados que fray Hilarión y Paquita.

—¡Ah —dijo Pangloss a Paquita— conque te ha traído el cielo con nosotros! ¿Sabes, pobre muchacha, que me has costado la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡Qué mudada estás! ¡Válgame Dios, lo que es este mundo!

Esta nueva aventura les dio margen a que filosofaran más que nunca.

En la vecindad vivía un derviche que gozaba la reputación del mejor filósofo de Turquía. Fueron a consultarle; habló Pangloss por los demás y le dijo:

—Maestro, venimos a rogarte que nos digas para qué fue creado un animal tan extraño como el hombre.

—¿Quién te mete en eso? —le dijo el derviche—; ¿te importa para algo?

—Pero, reverendo padre, horribles males hay en la tierra.

—¿Qué hace al caso que haya bienes o que haya males? Cuando envía Su Alteza un navío a Egipto ¿se informa de si se hallan bien o mal los ratones que van en él?

—Pues ¿qué se ha de hacer? —dijo Pangloss.

—Que te calles —respondió el derviche.

—Yo esperaba —dijo Pangloss— discurrir con vos acerca de las causas y los efectos del mejor de los mundos, del origen del mal, de la naturaleza del alma y de la armonía preestablecida.

En respuesta les dio el derviche con la puerta en las narices.

Mientras estaban en esta conversación, se esparció la voz de que acababan de ahorcar en Constantinopla a dos visires del banco y al muftí,[10] y de empalar a varios de sus amigos, catástrofe que metió mucha bulla por espacio de algunas horas. Al volverse Pangloss, Cándido y Martín a la granjita encontraron a un buen anciano que estaba tomando el fresco a la puerta de su casa, bajo un emparrado de naranjos. Pangloss, que no era menos curioso que razonador, le preguntó cómo se llamaba el muftí que acababan de ahorcar.

—No lo sé —respondió el buen hombre— ni nunca he sabido el nombre de muftí ni de visir[11] alguno. Ignoro absolutamente la aventura de que me habláis; presumo, sí, que generalmente los que manejan los negocios públicos perecen a veces miserablemente, y que bien se lo merecen; pero jamás me informo de los sucesos de Constantinopla, contentándome con enviar a vender allá las frutas del huerto que labro.

Dicho esto, convidó a los extranjeros a entrar en su casa; y sus dos hijas y dos hijos les presentaron muchas especies de sorbetes que ellos mismos fabricaban, de kaimak, guarnecido de cáscaras de cidra confitadas, de naranjas, limones, limas, piñas, pistachos y café de Moka, que no estaba mezclado con los malos cafés de Batavia y las islas de América; y luego las dos hijas del buen musulmán perfumaron las barbas de Cándido, Pangloss y Martín.

—Sin duda que tenéis —dijo Cándido al turco— una vasta y magnífica posesión.

—Nada más que veinte fanegas de tierra —respondió el turco— que labro con mis hijos; y el trabajo nos libra de tres insufribles calamidades: el aburrimiento, el vicio y la necesidad.

Mientras se volvía Cándido a su granjita iba haciendo profundas reflexiones en las razones del turco, y le dijo a Pangloss y a Martín:

—Se me figura que se ha sabido este buen viejo labrar una suerte muy más feliz que la de los seis monarcas con quienes tuvimos la honra de cenar en Venecia.

—Las grandezas —dijo Pangloss— son muy peligrosas, según opinan todos los filósofos: Eglón, rey de los moabitas, fue asesinado por Ahod; Absalón colgado de los cabellos y atravesado con tres saetas; el rey Nadab, hijo de Jeroboam, muerto por Baza; el rey Ela por Zambri; Ocosías por Jehú; Atalía por Joyada; y los reyes Joaquín, Jeconías y Sedecías fueron esclavos. Sabido es de qué modo murieron Creso, Astiago, Darío, Dionisio de Siracusa, Pirro, Perseo, Aníbal, Yugurta, Ariovisto, César, Pompeyo, Nerón, Otón, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Enrique VI, Ricardo III, María Estuardo, Carlos I, los tres Enriques de Francia, el emperador Enrique IV; y nadie ignora...

—Tampoco ignoro yo —dijo Cándido— que es menester cultivar nuestra huerta.

—Razón tienes —dijo Pangloss—; porque cuando fue colocado el hombre en el paraíso del Edén, fue para labrarlo, *ut operaretur eum*, lo cual prueba que no nació para el sosiego.

—Trabajemos, pues, sin argumentar —dijo Martín— que es el único medio de que sea la vida tolerable.

Toda la compañía aprobó tan loable determinación. Empezó cada uno a ejercitar su habilidad, y la granjita rindió mucho. Verdad es que Cunegunda era muy fea, pero hacía excelentes pasteles; Paquita bordaba y la vieja cuidaba de la ropa blanca. Hasta fray Hilarión sirvió, pues aprendió a la perfección el oficio de carpintero y paró en ser

hombre de bien. Pangloss decía algunas veces a Cándido:

—Todos los sucesos están encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado a patadas en el trasero de un magnífico castillo por el amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la Inquisición, si no hubieras andado a pie por las soledades de la América, si no hubieras pegado una buena estocada al barón y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen país de El Dorado, no estarías aquí ahora comiendo confite de cidra y pistachos.

—Bien dice usted —respondió Cándido— pero tenemos que cultivar nuestra huerta.


Portsmouth
Westfalen
Hollande
Abares!!!
Paris
Bulgares!!!
Bordeaux
Lisboa
Cadiz
Constantinop
(Istambul)
Surinam
Eldorado??
Paraguay
Buenos Aires

Notas

[1] Cándido: Sencillo, ingenuo, sin malicia ni doblez.

[2] Cuarteles: Líneas genealógicas.

[3] Familiar: Agente de la Inquisición Española.

[4] Auto de fe: Proclamación solemne de las sentencias dictadas por el tribunal de la Inquisición española, seguida de la abjuración de los errores o de la ejecución de la sentencia.

[5] Sambenito: Especie de capote de lana amarilla, con la cruz de san Andrés y llamas de fuego, que utilizaban los inquisidores para vestir a los reos condenados por el tribunal de la Inquisición, incluso a los reconciliados.

[6] Milano: Ave rapaz propia de las regiones cálidas o templadas, que alcanza 1,50 m de envergadura y tiene la cola larga y ahorquillada, y se alimenta de desperdicios y de pequeños animales.

[7] Atrabiliario: Irascible, irritable, de genio desigual.

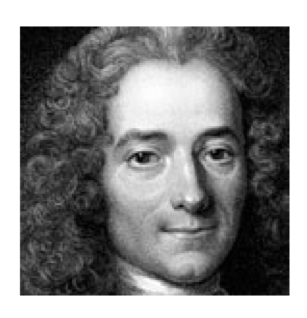
[8] Teatino: Relativo a una congregación de clérigos regulares fundada en Roma en 1524; miembro de esta congregación.

[9] Pococurante: Que se preocupa poco.

[10] Muftí: En el islam, jurisconsulto que da una sentencia legal o fetua.

[11] Visir: En los países islámicos, jefe supremo de la administración.

Acerca del autor



François Marie Arouet, más conocido como Voltaire (París, 21 de noviembre de 1694 – ibídem, 30 de mayo de 1778) fue un escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad. En 1746 Voltaire fue elegido miembro de la Academia francesa.

Voltaire alcanzó la celebridad gracias a sus escritos literarios y sobre todo filosóficos. Él no veía oposición entre una sociedad alienante y un individuo oprimido, idea defendida por Jean-Jacques Rousseau, sino que creía en un sentimiento universal e innato de la justicia, que tiene que reflejarse en las leyes de todas las sociedades. La vida en común exige una convención, un «pacto social» para preservar el interés de cada uno. El instinto y la razón del individuo le lleva a respetar y promover tal pacto. El propósito de la moral es enseñarnos los principios de esta convivencia fructífera. La labor del hombre es tomar su destino en sus manos y mejorar su condición mediante la ciencia y la técnica, y embellecer su vida gracias a las artes. Como se ve, su filosofía práctica prescinde de Dios, aunque Voltaire no era ateo: como el reloj supone el relojero, el universo implica la existencia de un «eterno geómetra» (Voltaire era deísta).

Sin embargo, no creía en la intervención divina en los asuntos humanos y denunciaba el providencialismo, como se ve en su cuento filosófico *Cándido o El optimismo* (1759). Cándido es también una crítica al optimismo histórico, sobre todo a Leibniz, quien sostenía que todo lo que sucedía era con el fin de alcanzar el mejor de los objetivos.

Fue un ferviente opositor de la Iglesia católica, símbolo según él de la intolerancia y de la injusticia. Se empeñaba en luchar contra los errores judiciales y en ayudar a sus víctimas. Voltaire se conviertió en el modelo para la burguesía liberal y anticlerical y en la pesadilla de los religiosos.

Voltaire ha pasado a la Historia por acuñar el concepto de tolerancia religiosa. Fue un incansable luchador contra la intolerancia y la superstición y siempre defendió la convivencia pacífica entre personas de distintas creencias y religiones.

Sus escritos siempre se caracterizaron por la llaneza del lenguaje, huyendo de cualquier tipo de grandilocuencia. Maestro de la ironía, la utilizó siempre para defenderse de sus enemigos, de los que en ocasiones hacía burla demostrando en todo momento un finísimo sentido del humor. Conocidas son sus discrepancias con Montesquieu acerca del derecho de los pueblos a la guerra, y el despiadado modo que tenía de referirse a Rousseau, achacándole sensiblería e hipocresía.

Obras

- *Edipo*, 1718
- *La Henriada*, 1728
- *Historia de Carlos XII*, 1730
- *Brutus*, 1730
- *Zaire*, 1732
- *El templo del gusto*, 1733
- *Cartas inglesas o Cartas filosóficas*, 1734
- *Adélaïde du Guesclin*, 1734
- *Mundano*, 1736
- *Epístola sobre Newton*, 1736
- *Tratado de metafísica*, 1736
- *El hijo pródigo*, 1736
- *Ensayo sobre la naturaleza del fuego*, 1738
- *Elementos de la filosofía de Newton*, 1738
- *Zulima*, 1740
- *El fanatismo o Mahoma*, 1741
- *Mérope*, 1743
- *Zadig o El destino*, 1748
- *El mundo como va*, 1748
- *Nanine o El prejuicio vencido*, 1749
- *El siglo de Luis XIV*, 1751
- *Micromegas*, 1752
- *Poema sobre el desastre de Lisboa*, 1756
- *Estudio sobre los hábitos y el espíritu de las naciones*, 1756
- *Historia de los viajes de Scarmentado escrita por él mismo*, 1756
- *Cándido o El optimismo*, 1759
- *Historia de un buen bramán*, 1761
- *Tancredo*, 1760
- *La doncella de Orleans*, 1762
- *Lo que gusta a las damas*, 1764
- *Diccionario filosófico*, 1764
- *Jeannot y Colin*, 1764
- *Del horrible peligro de la lectura*, 1765
- *Pequeña digresión*, 1766
- *El filósofo ignorante*, 1766
- *Tratado sobre la tolerancia*, 1767
- *El ingenuo*, 1767
- *La princesa de Babilonia*, 1768
- *Las cartas de Memmius*, 1771
- *Hay que tomar partido*, 1772
- *El clamor de la sangre inocente*, 1775

- *Del alma*, 1776
- *Diálogos de Evémero*, 1777

Extractado de Wikipedia, la enciclopedia libre.